Rosa Mística



Beato Card. John H. Newman

EL CARDENAL NEWMAN: NOTA BIOGRÁFICA



Newman nació el 21 de febrero de 1801, en Londres; su padre era un joven banquero llamado John Newman, su madre se llamaba Jemina Fourdrinier y era descendiente de una familia francesa hugonote llegada a Inglaterra huyendo cuando el Edicto de Nantes fue revocado. Hasta los 15 años vive en un ambiente refinado y exquisito, empapado de un puritanismo calvinista, infundido por su madre y suavizado por el anglicanismo.

Se matricula en la Universidad de Oxford en diciembre de 1816, y entonces tiene lugar la que él mismo llama su «primera conversión»: «una primera conversión interior de la que era consciente, y de la que aún ahora estoy más cierto que de tener manos y pies». La doctrina calvinista de la predestinación hace gran mella en él: permanece en esta «detestable doctrina» –son sus palabras– durante cinco años. Pero evoluciona hacia una espiritualidad más auténtica y fecunda, cuyas exigencias sentía cada vez con mayor fuerza, aunque se mantenía en un acérrimo antipapismo: «llegué al convencimiento de que el papa era el Anticristo anunciado por Daniel y san Pablo y esta idea permaneció en mí como una especie de falsa conciencia».

Decide dedicarse a Leyes, pero fracasa sorprendentemente en los exámenes. De modo providencial este fracaso abre la puerta a lo que era su verdadera vocación: convence a su padre de que le permita estudiar para hacerse Pastor de la Iglesia Anglicana. Para ello vuelve a Oxford en donde pronto, en 1822, es elegido *fellow* del Oriel College, lo cual le permite ya empezar a frecuentar la intelectualidad dirigente universitaria.

En el año 1824 es ordenado diácono anglicano y le encargan atender la capilla de san Clemente en Oxford; en 1826 es nombrado profesor y preceptor del Oriel College; en 1828 es Pastor-vicario de la parroquia de Santa María de Oriel, que era la parroquia de la Universidad.

Por entonces, traba conocimiento con Pussey, J. Keble y Richard H. Froude, que eran antiliberales y en los que ya empezaba a cuajar la *High Church*, y se enfrenta con la mentalidad liberal, que él califica de «falsa libertad de pensamiento», la cual estaba tomando cuerpo entre los teólogos de Oxford, aunque también él mismo dice: «me movía en la dirección del liberalismo de moda».

Esto hace que el decano del Colegio, Hawkins, se alarme por lo que él cree una actitud disolvente para la religión oficial y le prohíba toda actividad en este sentido; entonces renuncia a su cátedra en 1832. Quizá fue decisiva en esta actitud de Newman su amistad con John Keble, autor del *Año Cristiano* y, en definitiva, inspirador del *Movimiento de Oxford*, que mantiene el origen divino de la Iglesia. En 1833 Newman comparte con Keble las ideas que éste expone en el famoso «Sermón sobre la apostasía nacional», pronunciado contra el Gobierno, que había suprimido parte de los obispados anglicanos en Irlanda: esto les parecía a los teólogos anglicanos un atentado gravísimo contra la religión oficial. A partir de entonces, Newman es el alma de los *Tracts for the times (Folletos de actualidad)*, en los que, durante los años 1831 a 1844, se expone la teoría de la *Vía media*, defendiendo que la Iglesia Anglicana es una vía media entre el Protestantismo y el Catolicismo, exenta de los errores que hay en uno y otro.

En el año 1833, Newman pasa el invierno haciendo un viaje por las costas del sur de Europa y se detiene en Roma, pero esta visita no contribuyó en nada a que Newman suavizara la opinión que tenía: «es la primera de las ciudades, y todo lo que he visto hasta ahora, incluido nuestro querido Oxford, es nada,

comparado con su majestad y gloria. ¿Es posible que un lugar tan sereno y sublime sea la jaula de impuras criaturas?»; y la llama con dureza «gran enemiga de Dios, bestia maldita del Apocalipsis».

No obstante, en la Ciudad Eterna tiene un encuentro con el doctor Wiseman, que entonces era Rector del Colegio Inglés; unos quince años más tarde, Wiseman, ya Cardenal de la Santa Romana Iglesia, es quien le persuade para que, después de convertido y bautizado, se prepare para ser ordenado sacerdote. Pero en aquel momento Newman aún no sabía esto.

A pesar de que Newman dice que «en la primavera de 1939 mi posición en la Iglesia anglicana estaba en su apogeo», lo cierto es, que aquella actividad de los «tractorianos» desemboca en un acercamiento a Roma que, naturalmente, el episcopado anglicano condena repetidas veces. De hecho, su posición no era tan firme: había seguido estudiando a los Santos Padres, el cristianismo primitivo, las primeras controversias doctrinales en la Iglesia; todo ello simultaneado con una abundante actividad pastoral de predicación. Entre 1836 y 1842 es cuando se publican sus *Sermones parroquiales,* modelos de delicadeza espiritual, de capacidad intelectual, de cuidada oratoria y de forma literaria.

Precisamente, al avanzar por estos estudios, surge ante sus ojos la controversia monofisita; al analizarla con detalle, su fe anglicana se reblandece, y empieza a sospechar si el anglicanismo no sería realmente monofisita. Todo lo que le faltó fue encontrarse con que su amigo Wiseman publicó un artículo en la *Dublin Review* donde hacía un paralelismo perfecto entre la herejía donatista y el cisma de Enrique VIII. «¿Y si, después de todo, y a fin de cuentas, nosotros los anglicanos no fuéramos más que unos vulgares cismáticos?», comentó Newman, cuando hubo reflexionado sobre este asunto. Desde finales del año 1841 él mismo afirma que estaba «en su lecho de muerte como miembro de la Iglesia anglicana».

En realidad, ya se había convertido, por eso renuncia a la parroquia de Santa María de Oriel y en 1843 se retira a una finca con un grupo de amigos, algunos de los cuales se convierten al catolicismo. Él todavía no se decide, pero escribe el *Ensayo sobre el desarrollo de la doctrina cristiana,* en el que expone la postura doctrinal a la que había llegado. El 3 de octubre de 1845 dimite como *fellow* y el día 8 va a buscar al P. Domingo de la Madre de Dios Barbieri, pasionista italiano amigo suyo; ante él abjura de sus errores y al día siguiente, después de ser bautizado *sub conditione,* recibe la Sagrada Comunión, junto con sus amigos.

Este acontecimiento causó sensación al ser conocido. Newman pensaba seguir siendo solamente laico en la Iglesia católica, pero es Wiseman, que ya era Cardenal, quien le convence de que vuelva a Roma, donde después de unos meses de estudio es ordenado sacerdote en el año 1847. De regreso a su patria, funda la Congregación de los oratorianos de san Felipe Neri de Inglaterra.

Cuando en 1851 se restablece la Jerarquía católica en Inglaterra, Newman se ve lanzado otra vez a la palestra, rechazando ante un amplio sector de la opinión pública lo que se llamaba «una agresión papista». Más adelante, es requerido para crear la Universidad católica de Dublín y es designado Rector de la misma. Esta fundación no prosperó y tiene que abandonar lo que él llamó «campaña de Irlanda».

De resultas de estas circunstancias, Newman se encuentra un tanto decaído; a esto vienen a sumarse unos desgraciados incidentes, que dan lugar a que el Cardenal Manning, Primado de Inglaterra, se distancie un tanto de él. Creía el Cardenal que Newman era autor de un artículo en el cual se calumniaba al sacerdocio católico; por esto quizá, Manning contribuyó a que no se llevara a cabo la idea de Newman de montar un College en Oxford para atender a los estudiantes católicos, que habían sido autorizados en 1860 a matricularse en la Universidad. En realidad este trabajo de atención pastoral y formación en la doctrina, orientado a los estudiantes, no se pudo hacer hasta más tarde, y lo sacó adelante con un estilo que no tenía nada que envidiar a Newman otro converso del anglicanismo: el conocido Mons. Knox, cuya actividad se multiplicó en sermones, charlas, clases, conferencias, libros de espiritualidad y doctrinales, y su excelente traducción al inglés de la Sagrada Biblia.

John Henry Newman quiere vivir tranquilo, pero no puede consentir que su nombre quede en entredicho por las acusaciones que algunos anglicanos le dirigen de insinceridad, doblez y motivos poco nobles en su conversión; por eso escribe una emocionante autodefensa: la *Apología por vita sua,* que es una obra maestra y tiene un éxito apoteósico, despertando hacia su persona una corriente de simpatía y de atractivo que ya no le abandonará nunca.

Aún le quedan a Newman dos batallas por entablar. La primera fue a cuenta de la infalibilidad del Papa, que había sido definida como dogma de fe en el Concilio Vaticano I; los anglicanos, naturalmente, la atacaron con dureza y Newman la defendió en uno de sus célebres escritos: la *Carta al Duque de Norfolk.* La

segunda fue su actitud resuelta y firme, negándose públicamente a aceptar la invitación que le había hecho la Sociedad Metafísica, como protesta ante la intervención que en esa Sociedad tuvo el profesor Huxley exponiendo una refutación de la veracidad de la resurrección del Señor.

Ya nadie discute su prestigio y su popularidad. León XIII le confiere los honores de la púrpura en 1879, nombrándole Cardenal con el título de San Jorge in Velabro. De esta forma, el Papa da el espaldarazo a una fidelidad que había pasado por encima de muchas incomprensiones incluso de no pocos de sus correligionarios.

Murió el 11 de agosto de 1890, cuando iba a cumplir 90 años, y en toda Inglaterra hubo manifestaciones de duelo. En 2010 fue beatificado por el Papa Benedicto XVI.

M.M.

LA MADRE DE DIOS

[*] La Palabra eterna decretó descender a la tierra y no lo hizo sólo a medias, sino que lo hizo para ser un hombre como todos los somos: tomó un cuerpo y un alma humanos y se los apropió. No se trataba de una simple apariencia o de algo efímero, al modo como los ángeles se aparecen a los hombres. No lo hizo descendiendo sobre un hombre –al modo como desciende sobre los santos– y lo llamó con el nombre de Dios, sino que «se hizo carne». Unió a sí mismo una humanidad, y fue tan real, tan verdadero hombre, como era verdadero Dios; y así, resultó que fue al mismo tiempo Dios y Hombre, es decir, una Persona con dos naturalezas: una naturaleza divina y una naturaleza humana.

Solamente la fe puede abarcar con firmeza un misterio tan maravilloso y tan difícil. El hombre natural puede aceptar este misterio durante un tiempo; puede estar convencido de que lo ha aceptado, pero no lo ha recibido de verdad: en su interior empieza, más tarde o más temprano, a rebelarse y a dudar. Esto ha hecho el hombre desde siempre. Ya mientras todavía vivía el discípulo amado surgieron hombres que afirmaban que nuestro Señor no tenía un cuerpo verdadero; o que su cuerpo estaba hecho en los cielos; o que ese cuerpo no podía sufrir y era otro cuerpo el que sufría en su lugar; o que solamente tuvo durante un cierto tiempo la forma humana con la que nació y sufrió: asumió esta forma humana en el momento del bautismo, pero la abandonó antes de ser crucificado; o que fue un simple hombre. Para una naturaleza que no había sido regenerada ni estaba iluminada por la gracia, el hecho de que «en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios (...), y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros», era cosa demasiado fuerte.

Si queremos una prueba contra todos estos puntos de vista no cristianos, si queremos expresar con claridad y superando cualquier error y ambigüedad la sencilla idea mantenida por la Iglesia de que Dios es hombre ¿podríamos hacerlo mejor que diciendo con palabras de san Juan: «Dios se hizo hombre»? ¿Podríamos expresar esto de manera más terminante y más inequívoca que declarando que nació como nace un hombre: que tuvo una *Madre*?

Honrar a la Madre es honrar al Hijo

Confesar que María es *Deipara*, o sea, Madre de Dios, es la salvaguardia, es el refrendo con que sellamos y damos firmeza a la doctrina del Apóstol san Juan (el cual nos dice: «lo que hemos visto y oído, eso es lo que os anunciamos»), huyendo de toda evasión; es la piedra de toque con la que detectamos las pretensiones de los malos espíritus del «Anticristo que han entrado en el mundo». Esa confesión declara que Él es Dios, implica que Él es hombre, sugiere que Él sigue siendo Dios, aunque se ha hecho hombre, y que es verdadero hombre, aunque es Dios.

Cuando los herejes volvieron a surgir en el siglo XVI, no encontraron táctica más certera para sus perversos propósitos de destruir la fe que ridiculizar y blasfemar contra las prerrogativas de María, pues tenían por cierto que, si conseguían que el mundo deshonrara a la Madre, de ello se seguiría la deshonra del Hijo. La Iglesia y Satanás estaban de acuerdo en esto: el Hijo y la Madre van juntos; la experiencia de tres siglos ha confirmado sus testimonios, pues los católicos que han honrado a la Madre siguen adorando al Hijo, mientras que los protestantes, que han dejado de confesar al Hijo, empezaron por burlarse de la Madre.

Veis en este ejemplo la coherente armonía que hay en la doctrina revelada, cómo una verdad repercute sobre otra. Exaltar a María es honrar a Jesús. Convenía que Ella, que era solamente una criatura –aunque era la más excelsa de todas– tuviera que llevar a cabo una tarea de instrumento. Como otros, Ella vino al mundo a realizar una obra; tenía una misión que cumplir; su gracia y su gloria las posee no para ella misma, sino para su Creador. A Ella se le confió la custodia de la Encarnación. La tarea que se le encomendó

fue: «una Virgen concebirá y parirá un Hijo, al que llamarán por nombre Emmanuel».

Igual que cuando Ella estaba en la tierra custodió personalmente a su Hijo, lo llevó en su seno, lo abrigó con sus brazos, lo alimentó con su pecho, ahora también –hasta el último momento de la vida de la Iglesia– sus privilegios y la devoción hacia Ella proclaman y definen la fe recta acerca de Él como Dios y como Hombre. Toda iglesia que se le dedica, todo altar que se erige a su nombre, toda imagen suya, toda letanía que la alaba, toda *Avemaría* en continuo recuerdo suyo, nos traen a la memoria a Aquel que, siendo alabado desde la eternidad, «no despreció las entrañas de una Virgen», para beneficio de los pecadores. Por eso, como la Iglesia la llama, Ella es *Turris davidica*, la Torre de David; es la defensa alta y poderosa del Rey de Israel verdadero; por eso, la Iglesia dice también en una antífona «Ella sola destruyó todas las herejías en el mundo entero».

La maternidad y la santidad de María: «Llena de gracia»

María fue más bendita por su desprendimiento de las criaturas, por su devoción a Dios, por su pureza original, por su plenitud de gracia, que por su maternidad. Ésta es la enseñanza constante de los Santos Padres: «Más santa fue María –dice san Agustín– por recibir la fe de Cristo, que por recibir la carne de Cristo»; y san Juan Crisóstomo declara que no habría sido bendecida, aunque el Señor ha nacido de su cuerpo, si no hubiera escuchado la palabra de Dios y no la hubiera puesto en práctica. Por descontado que esto es un imposible, pues María fue santificada para que fuera Madre de Jesucristo: estas dos gracias no se pueden separar una de otra. Ella, que fue elegida para dar carne y sangre a la Palabra eterna, primero fue llena de gracia en su alma y en su cuerpo; así es que recibió una doble bendición: la correspondiente a su oficio y la correspondiente a la preparación que debía tener para ejercerlo, y esta segunda bendición es la más grande. Precisamente por esto, el ángel la llamó bendita; «llena de gracia» –le dice– «bendita eres entre las mujeres»; y también por eso Isabel exclama: «bendita tú que has creído».

Un milagro de la gracia de Dios

Sabemos que Adán fue creado a imagen y semejanza de Dios; su frágil e imperfecta naturaleza, sellada con un sello divino, estaba sostenida y elevada por la gracia divina que en ella habitaba. (...) Estaba en un estado sobrenatural; y si no hubiera caído, habría ido avanzando en mérito y en gracia año tras año, y también en el favor de Dios, hasta pasar del Paraíso al Cielo. Pero cayó; y sus descendientes nacieron en ese mismo estado de caída; y el mundo se fue haciendo más malo en vez de más bueno, y en vano se sucedían los castigos sobre las generaciones de pecadores, y la recuperación era impensable, «porque el hombre era carne» y «los pensamientos de su corazón se inclinaban hacia el mal siempre».

Pero el cielo había decidido poner remedio; un Redentor estaba preparado; Dios iba a llevar a cabo una gran obra, y se propuso hacerla de la manera más cumplida: «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia».

Cuando a los reyes de la tierra les nacen hijos, distribuyen regalos con generosidad, o levantan un monumento conmemorativo; honran el día de su nacimiento, o el lugar en donde han nacido, o a los que le han traído la noticia, con muestras de un especial favor; la llegada del Emmanuel no modificó en nada esta costumbre. Fue un tiempo lleno de gracia y de prodigios, que se manifestaron de una manera muy particular en la persona de Su Madre (...). Era conveniente para el honor y la gloria del Hijo, que Ella, instrumento de Su presencia corporal, fuera antes un milagro de Su gracia; era conveniente que Ella triunfara donde Eva había fracasado y que «aplastara la cabeza de la serpiente» con su santidad inmaculada.

Ella empezó donde los demás terminan

Desde luego, en algunos aspectos el castigo no fue revocado; María vino a un mundo caído y se sometió a sus leyes; Ella, igual que el Hijo que nació de Ella, estuvo sujeta a la muerte; pero no estuvo sometida al poder del pecado. Igual que la gracia fue infundida en Adán desde el primer momento de su creación, de manera que él no experimentó su natural pobreza hasta que el pecado lo redujo a ella, también desde el primer momento María recibió la gracia abundantemente, pero Ella no incurrió de hecho en la privación de Adán. Ella empezó donde los demás terminan, tanto en el conocimiento como en el amor. Ya desde el principio estuvo revestida de santidad, sellada con la perseverancia, espléndida y gloriosa a los ojos de Dios, incesantemente colmada con una sucesión de actos meritorios que no acabaron hasta que exhaló el último suspiro. De un modo muy particular fue suyo «el camino del justo, que como luz brillante avanza y crece en medio del día perfecto»; la ausencia de pecado en pensamientos, palabras y obras, tanto en lo pequeño como en lo grande, en cosas veniales como en cosas graves, es con toda seguridad la consecuencia natural y obvia del comienzo que Ella tuvo. Si Adán pudo conservarse libre de pecado en su primitivo estado, podemos pensar que María tuvo una perfección inmaculada.

Refugio de los pecadores

Hemos visto cómo es la prerrogativa que adorna a María de poseer una perfección inmaculada, la cual, inseparable de su maternidad, le fue otorgada en razón del Emmanuel; por eso respondió a la salutación de *Gratia plena* que le dirigió el ángel, diciendo humildemente: *Ecce ancilla Domini* –«He aquí la esclava del Señor».

Semejante a estos privilegios es el tercero, consecuencia de su maternidad y de su pureza. Me refiero a su poder de intercesión. Si «Dios no escucha a los pecadores, pero si un hombre le adora y cumple Su voluntad, a éste le oye»; si «la perseverante oración del justo es poderosa»; si, «por ser un profeta», el creyente Abraham fue invitado a orar por Abimelec; si el paciente Job «oró por sus amigos» porque «había hablado cosas buenas de Dios»; si el manso Moisés, elevando sus brazos, consiguió la victoria de Israel sobre Amalec: ¿debemos maravillarnos al oír que María, la única hija sin pecado de la estirpe de Adán, posea una influencia decisiva ante el Dios de la gracia?

Si en Jerusalén los gentiles acudieron a Felipe, porque era Apóstol, cuando quisieron acercarse a Jesús, y Felipe habló con Andrés, que era todavía más cercano a nuestro Señor y tenía con Él más confianza, y después los dos se llegaron a Él, ¿cómo puede extrañarnos que la Madre tenga ante su Hijo un poder sustancialmente distinto que el de un ángel puro o el del santo más glorificado?

Si creemos en la Encarnación, tenemos que aceptar todas sus consecuencias; ¿por que nos vamos a echar para atrás ante las decisiones de la gracia que se derivan o que están implícitas en la Encarnación? Si el Creador vino al mundo tomando forma de siervo y de criatura, ¿por qué Su Madre no puede ser la Reina del Cielo, estar vestida de sol y tener la luna a sus pies?

Estrella de la mañana

Por eso, Madre Santa, en el credo y en el culto de la Iglesia eres la defensa de todas las verdades, eres la gracia y la luz sonriente de toda devoción.

En ti, ¡Oh María!, como todos bien sabemos, se cumple el propósito eterno del Altísimo. Él tenía pensado desde siempre venir a la tierra en su gloria celestial, pero nosotros habíamos pecado; después de esto ya no podía visitarnos abiertamente, a no ser con un resplandor velado y con una majestad sin

apariencia, porque Él es Dios. Por eso vino como si fuera endeble y desprovisto de poder; en su lugar, te envió a ti, una criatura, con el encanto de una criatura y el resplandor que podía soportar nuestra pobre condición.

Ahora, Madre querida, tu rostro y tu figura nos habla del Eterno; pero no con una belleza de la tierra, cuya contemplación es deficiente, sino como la Estrella de la mañana, que es tu emblema, transparente y melodiosa, respirando pureza, hablando del cielo, infundiéndonos la paz.

¡Oh mensajera del día! ¡Oh esperanza de quien peregrina! Condúcenos por el camino que tú has hecho; en la noche oscura, por el desierto desnudo, guíanos hasta nuestro Señor Jesús, guíanos a la patria.

Maria, mater gratiae,
Dulcis parens clementiae,
Tu nos ab hoste protege
et mortis hora suscipe.

María, Madre de gracia, dulce Madre de la clemencia, defiéndenos del enemigo y recíbenos en la hora de la muerte.

INTRODUCCIÓN

1 de mayo

MAYO, MES DE LAS PROMESAS

¿Por qué ha sido escogido el mes de mayo como el mes durante el cual ponemos más especialmente a lo vivo nuestra devoción a la Santísima Virgen?

Seguramente es porque en el mes de mayo es cuando la tierra se adorna con hierba nueva llena de frescura; ya han pasado los fríos desapacibles, el ambiente desabrido del invierno; incluso las molestias del viento fuerte y de las lluvias del comienzo de la primavera han quedado atrás. Es porque árboles, plantas, jardines enteros se llenan de flores. Es porque los días son más largos, el sol despierta antes y se acuesta más tarde. Esta explosión de alegría que se exterioriza en la naturaleza se hace compañera espontánea de nuestra devoción a Aquella que es llamada Rosa mística y Casa de oro.

Incluso en latitudes en las cuales el mes de mayo arrastra aún inclemencias del tiempo, sigue siendo el mes de las promesas y de la esperanza: nos *anuncia*, como un buen *presagio*, la luz y el sol. El buen tiempo llegará. «La explosión de la hermosura –dice el profeta– aparecerá y no nos engañará; si tarda, aguardadla, porque con seguridad vendrá, y no faltará».

Así pues, mayo es el tiempo, si no de la realización, al menos sí de las *promesas:* ¿y no es éste el aspecto bajo el que podemos, con razón, considerar a la bienaventurada Virgen María, a quien se lo dedicamos?

También dijo el profeta: «brotará un tallo de la raíz de Jessé, y una flor surgirá de la raíz». ¿Quién es la flor, sino nuestro Señor? ¿Cuál es el tallo, la hermosa planta, donde se abre la flor, sino María, Madre de nuestro Señor; María, Madre de Dios?

Esta predicho que Dios vendría a la tierra. Cuando llegó la plenitud de los tiempos, ¿de qué manera se anunció su venida? Por medio del ángel que vino a saludar a María. «Salve, llena de gracia –dijo Gabriel– el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres». Era, pues, Ella misma la promesa segura de que el Señor venía.

Por todo esto, el mes de mayo ha de ser, con un título especial, el mes de María.

2 de mayo

MAYO, MES DE LA ALEGRÍA

¿Por qué el mes de mayo se llama «mes de María» y le está especialmente dedicado? Entre otras razones, por ésta: porque, dentro del año litúrgico, es el más gozoso y el más lleno de fiestas solemnes. ¿Quién escogería para mes de María a febrero, marzo o abril, que son tiempo de Cuaresma y de penitencia? ¿Quién preferiría diciembre que, aunque ciertamente es tiempo de esperanza, porque la Navidad se acerca, es también tiempo marcado por la penitencia? Incluso las mismas Navidades no duran un mes y, aun cuando enero nos ofrece la exultante fiesta de Epifanía, está rápidamente interrumpido por la llegada de la preparación para la Cuaresma.

En cambio mayo pertenece a la época de la Pascua, que dura cincuenta días y con frecuencia abarca este mes entero o, por lo menos, sus primeras semanas. La gran fiesta de la Ascensión siempre tiene lugar en mayo, salvo una o dos veces en el espacio de cuarenta años. Pentecostés, la venida del Espíritu Santo, habitualmente cae en mayo y también la fiesta de la Santísima Trinidad y la del Corpus Christi se celebran con frecuencia dentro de ese mismo mes. Por lo tanto, mayo es el mes en el que son más abundantes los aleluyas en labios también de la Iglesia militante, porque Cristo ha salido del sepulcro, porque Cristo ha subido a los cielos, porque Dios Espíritu Santo ha descendido, para ocupar el puesto que le corresponde en la Iglesia.

Ésa es, pues, una de las razones por las que el mes de mayo está dedicado a la Santísima Virgen María. Ella es la primera criatura y, de todos los hijos de Dios, es la más agradable, la más amada, es la que está más cerca de Él. Conviene que este mes sea el suyo y que, durante el mismo, demos gloria a la Providencia divina para con nosotros, por nuestra redención y por nuestra santificación en Dios Padre, en Dios Hijo y en Dios Espíritu Santo.

Pero María no sólo es la sierva grata al Señor. Es también la Madre de Su Hijo y la Reina de los Santos, y la Iglesia celebra en este mes la fiesta de algunos de los más grandes santos, como si quisiera ofrecerle un cortejo de honor [1]. Primero está la fiesta de la Santa Cruz, el día 3 de mayo, en la cual celebramos la Preciosa Sangre con la que la Cruz quedó empapada durante la Pasión de nuestro Señor. El Arcángel san Miguel y tres Apóstoles tienen su fiesta en este mes: san Juan, el discípulo amado, san Felipe y Santiago. Siete Papas, dos de los cuales gozan de una fama particular: san Gregorio VII y san Pío V; también dos de los más grandes Doctores: san Atanasio y san Gregorio Nacianceno; dos santas vírgenes especialmente favorecidas por Dios: santa Catalina de Siena y santa María Magdalena de Pazzi; y una santa mujer celebérrima en los anales de la Iglesia: santa Mónica, la madre de san Agustín.

De modo particular para nosotros, en esta Iglesia, nuestro Santo Patrón y Padre, san Felipe Neri [2], que ocupa, son su novena y su octava, quince de los treinta días de este mes.

Estos son algunos de los frutos selectos que produce la gracia multiforme de Dios, y forman la corte de su gloriosa Reina.

I. LA INMACULADA CONCEPCIÓN

3 de mayo

MARÍA ES LA VIRGEN PURÍSIMA

Por Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen hemos de entender la gran verdad revelada de que fue concebida en el seno de su madre, santa Ana, sin pecado original.

Desde la caída de Adán, toda la humanidad, su descendencia, es concebida y nace en pecado. En el Salmo «Miserere», el escritor inspirado dice: «He aquí que he sido concebido en la iniquidad, y mi madre me ha engendrado en pecado». Ese pecado que nos alcanza a cada uno de nosotros y que nos pertenece desde el primer momento de nuestra existencia, es el pecado de infidelidad y de desobediencia, por el que Adán perdió el Paraíso. Nosotros, como hijos de Adán, somos sus herederos en las consecuencias de su pecado: en Adán perdimos aquella vestidura de gracia y de santidad que le fue entregada por su Creador en el momento en que lo formó. En este estado de indigencia y desheredados, todos nosotros hemos sido concebidos y hemos nacido; el medio habitual por el cual somos sacados de esta situación es el Sacramento del Bautismo.

María no estuvo *nunca* en esa situación; por decreto eterno de Dios, estuvo exenta de él. Desde la eternidad, Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, decretó crear la raza humana y, en «pre-visión» del pecado de Adán, decretó redimir a la humanidad por medio de la encarnación del Hijo y de su sufrimiento en la Cruz. En ese mismo incomprensible y eterno instante, en el que el Hijo de Dios nació del Padre, fue también dado el decreto de la redención del hombre por medio de ese mismo Hijo. El que nació desde la eternidad, nació por un decreto eterno para salvarnos en el tiempo, y para redimir a la humanidad entera; fue decidido que la redención de María se efectuara de esa manera especial que llamamos Inmaculada Concepción. Fue decretado no que Ella sería *limpiada* del pecado, sino que Ella fuera, desde el primer momento de su existencia, *preservada* del pecado, de manera que el Maligno no tuviese nunca ninguna parte en Ella. Así pues, fue hija de Adán y Eva como si éstos no hubieran nunca caído; no compartió con ellos el pecado; heredó los dones y las gracias (aunque en mucha mayor medida) que Adán y Eva poseían en el Paraíso. En esto consiste su prerrogativa y el fundamento de todas esas verdades saludables que nos han sido reveladas referentes a Ella. Digamos pues, junto con todas las almas santas: Virgen purísima, concebida sin pecado original, María, rogad por nosotros.

4 de mayo

MARÍA ES LA VIRGEN QUE HA DE SER PREDICADA

María es la *Virgo Praedicanda*, es decir, la Virgen que ha de ser proclamada, anunciada; literalmente: ha de ser *predicada.*

Estamos acostumbrados a que se predique abiertamente todo aquello que es sorprendente, extraño, raro, nuevo, importante. Así, cuando nuestro Señor iba a llegar, san Juan Bautista *predicó* de Él; después, los Apóstoles recorrieron el mundo entero y *predicaron* a Cristo. ¿Cuál es la más excelsa, la más rara, la más

exquisita prerrogativa de María?: que no tuvo pecado. Cuando una mujer de entre la muchedumbre, alzando la voz, le dijo a nuestro Señor: «¡Bendito el vientre que te llevó!», el Señor respondió: «Mas bien benditos quienes escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra». Estas palabras se cumplieron en María. Fue llena de gracia para ser Madre de Dios. Pero tener tal grado de santidad y de pureza es un don todavía mayor que su maternidad [3]. En realidad, nuestro Señor no habría sido su hijo, si antes no la hubiera santificado; o sea, que su mayor gloria consiste en haber recibido esta perfecta santificación. Esto es por lo que se la llama *Virgo Praedicanda*, merece ser predicada abiertamente porque jamás cometió ningún pecado, ni siquiera el más pequeño; porque el pecado no tiene en Ella parte alguna; porque, poseyendo la plenitud de la gracia de Dios, nunca pensó un pensamiento, dijo una palabra, hizo ninguna obra, que desagradara, que no fuera la más agradable a Dios Todopoderoso; porque en Ella resplandeció el más aplastante triunfo sobre el enemigo de las almas. Por eso, cuando todo parecía perdido, con el propósito de mostrar lo que Él podía hacer por nosotros muriendo por nosotros; con el propósito de mostrar lo que la naturaleza humana, que es obra suya, era capaz de alcanzar; para mostrar hasta qué punto podía desbaratar los tremendos esfuerzos, la más formidable malicia del enemigo, y revocar todas las consecuencias de la Caída, nuestro Señor comenzó, incluso antes de Su llegada, a llevar a cabo el acto más maravilloso de Su redención en la persona de aquella que había de ser Su Madre. En virtud de los méritos de aquella sangre que iba a ser derramada, se interpuso Él para impedir que incurriera en el pecado de Adán, antes de repararlo en la cruz. Por esto es por lo que *predicamos* a quien fue sujeto de esta gracia maravillosa.

Pero es *Virgo Praedicanda* por otro motivo. ¿Cuándo, por qué, qué cosas predicamos? Predicamos lo que no es conocido, para que *sea conocido.* Ésta es la causa por la que en la Escritura se dice que los Apóstoles «predicaron a Cristo». ¿A quiénes? A quienes no lo conocían: al mundo pagano. No a quienes lo conocían, sino a quienes no lo conocían. La predicación procede por etapas: primero una lección y después otra. De esta manera los paganos fueron introducidos en la Iglesia *gradualmente.* De esta misma manera, la predicación de María a los hijos de la Iglesia, y la devoción que éstos le tienen, ha ido *creciendo*, creciendo gradualmente, con el transcurso de los siglos. No fue tan predicada en los primeros tiempos como lo ha sido en los más recientes. Primero fue predicada como Virgen de las vírgenes, después como Madre de Dios, después como gloriosa en su Asunción, después como Abogada de los pecadores, después como Inmaculada en su concepción. Y esta última ha sido la predicación peculiar de nuestro siglo; así pues, lo que fue primero en la propia historia de María ha sido lo último que la Iglesia ha hecho objeto de la predicación abierta acerca de Ella.

5 de mayo

MARÍA ES MADRE ADMIRABLE

Cuando María, *Virgo praedicanda*, la Virgen que ha de ser predicada, es invocada con el título de *Admirabilis*, se nos hace evidente el efecto que se sigue de predicarla como Inmaculada Concepción. La Iglesia Santa la proclama, la predica, como concebida sin pecado original; todos los que la oyen, los hijos de la Iglesia Santa, se admiran, se maravillan, quedan atónitos y sobrecogidos por esta predicación. Tan excelsa es esta prerrogativa.

El alma se llena de estupor al pensar en una excelsitud tan alta como la de María, aunque sea una excelsitud creada. Vemos que el *Creador* Todopoderoso, cuando Moisés quiso ver Su gloria, dijo de Sí mismo: «No puedes mirar mi rostro, porque el hombre no puede verme y seguir viviendo»; y san Pablo dice: «Nuestro Dios es un fuego que consume». Y cuando san Juan, siendo tan santo como era, vio sólo la *naturaleza humana* de nuestro Señor tal como está en el Cielo, «cayó por tierra como muerto». Igual ocurre con las apariciones de los ángeles. Cuando san Gabriel se apareció al santo Daniel, «quedó éste como desmayado y, totalmente consternado, dio con su rostro en tierra». Cuando este mismo arcángel se apareció a Zacarías, el padre de san Juan Bautista, también éste «se turbó y se llenó de miedo». Pero con María fue

diferente cuando el mismo san Gabriel fue enviado a Ella. Por supuesto, se llevó un sobresalto, se turbó cuando oyó sus *palabras*, porque, considerándose a sí misma tan poca cosa, él la llamó «Llena de Gracia» y «Bendita entre las mujeres»; pero soportó su presencia con aplomo.

De esto podemos sacar dos enseñanzas: en primer lugar, la grandeza de la santidad de María, que pudo soportar la presencia de un ángel cuyo resplandor hizo que el profeta Daniel se desmayara quedándose como muerto; en segundo lugar, que como Ella es mucho más santa que el ángel y nosotros mucho menos santos que Daniel, con cuánta razón la tenemos que llamar, al considerar su inefable pureza, *Virgo Admirabilis*, la Virgen Admirable, la Virgen Terrible.

Hay personas tan insustanciales, tan ciegas, tan bajas, que llegan a pensar que María no detestaba el pecado voluntario tanto como su divino Hijo, y que podemos acercarnos a Ella, haciéndola nuestra amiga y abogada, aunque no vayamos con deseos de verdadero arrepentimiento ni con propósitos de enmienda. ¡Como si María pudiese detestar menos el pecado y amar más a los pecadores que nuestro Señor! No; María siente simpatía solamente por quienes desean *apartarse* de sus pecados; de lo contrario ¿cómo podría Ella misma estar sin pecado? No; si para los mejores de nosotros Ella es, según dice la Escritura, hermosa como la luna, resplandeciente como el sol, y *terrible* como un ejército en orden de batalla, ¿qué será para los pecadores que no quieren enmendarse?

6 de mayo

MARÍA ES LA CASA DE ORO

¿Por qué se llama a María *Casa*? ¿Y por qué se dice que es de *oro*? El oro es el más hermoso, el más valioso, de todos los metales. La plata, el cobre y el acero pueden también ser agradables a la vista, cada uno a su modo, pero ninguno es tan rico, tan espléndido como el oro. Tenemos pocas oportunidades de ver oro en cierta cantidad; pero todo aquel que ha visto un número grande de monedas brillantes de oro sabe hasta qué punto el oro tiene un magnífico aspecto. Por eso, en la Escritura, la Ciudad Santa es llamada, en lenguaje figurado, la Ciudad Dorada. «La Ciudad Santa –dice san Juan– era de oro puro, como un cristal transparente», Pretende, naturalmente, darnos una idea de la maravillosa hermosura del cielo, comparándolo con lo que hay de más hermoso entre todas las sustancias que podemos ver en la tierra.

Por eso es por lo que a María también se le dice que es *de oro;* porque sus gracias, sus virtudes, su inocencia, su pureza, poseen un brillo tan penetrante y una tan deslumbrante perfección, son tan magníficas, tan exquisitas, que, por así decir, los ángeles no pueden apartar de Ella los ojos, igual que *nosotros* no podríamos dejar de contemplar fijamente una obra hermosa hecha toda de oro.

Pero sigamos mirando: Ella es la Casa de oro, y diré más, es el Palacio de oro. Imaginemos que contemplamos un palacio entero, o una gran iglesia, hechos de oro, desde los cimientos hasta el techo; así es María, en cuanto a la cantidad, a la variedad y a la extensión de sus excelencias espirituales.

¿Y por qué se llama casa o palacio? ¿De quién es ese palacio? Ella es la casa y el palacio del Gran Rey, de Dios mismo. Dios fue su huésped; más todavía que su huésped, porque un huésped entra en una casa y después se marcha. Mientras que nuestro Señor nació de verdad en esa casa. Tomó su carne y su sangre de esa casa, de la carne y de las venas de María. Así pues, Ella fue hecha justamente de oro puro, porque iba a dar de ese oro para formar el Hijo de Dios. Fue de oro en su concepción, fue de oro en su nacimiento. Pasó a través del fuego en sus sufrimientos, como el oro pasa por el crisol, y, cuando subió a lo alto, fue «elevada por encima de todos los ángeles en una gloria inefable, y tuvo su sitio junto al Rey, ataviada con vestiduras de oro».

7 de mayo (I)

MARÍA ES LA MADRE AMABLE

¿Por qué María es *Amabilis* de una manera tan especial? Porque no tuvo pecado. El pecado es algo odioso por su propia naturaleza, mientras que la gracia es algo radiante, hermoso, atrayente.

No obstante, se puede decir que esta ausencia de pecado no basta para que sea amada o para que sea querida; y esto por dos razones: la primera es porque nosotros no podemos amar a quien no se nos parece, y *nosotros* somos pecadores; la segunda es porque el solo hecho de su santidad no basta para hacerla agradable y atrayente, ya que, de hecho, nos encontramos en nuestra vida con muchas personas santas que no siempre son gratas, y no las amamos fácilmente, aunque les tengamos respeto y las admiremos.

Ahora bien, respecto a la primera de esas dos razones, sabemos bien que los hombres malos no aman, no pueden amar a los hombres buenos; pero la Santísima Virgen María es llamada *Amabilis*, amable, porque lo es para *los hijos de la Iglesia*, y no para los que están fuera de la Iglesia y no conocen a María; por consiguiente, no hay ningún hijo de la Iglesia Santa, en cuya alma quede un vestigio de la gracia de Dios –la cual lo asemeja al menos un poco a Ella, aunque sea muy poco–, que no sea capaz de amarla.

En cuanto a la segunda razón, es decir, ¿cómo podremos estar seguros de que nuestra Señora, cuando estaba en la tierra, atraía a la gente que la trataba y se hacía amar simplemente porque era santa?, debemos tener en cuenta que no es raro que, entre la gente santa, haya quienes no tienen el don de atraer a los demás.

Para comprender bien esto, debemos considerar que hay una enorme diferencia entre el estado de un alma como la de la Santísima Virgen, que *jamás* estuvo marcada por el pecado, y un alma que, aun siendo santa, estuvo *una vez* bajo el pecado de Adán; esta alma, incluso después del bautismo y del arrepentimiento, sufre necesariamente las heridas que son consecuencia de este pecado. Ciertamente, hay santos verdaderos que no cometen nunca un pecado *mortal;* incluso los hay que no han cometido ni un solo pecado mortal en toda su vida. Pero la santidad de María llega mucho más lejos. Ella no consintió nunca ni un solo pecado *venial*, y no sabemos que este privilegio especial haya sido patrimonio de nadie, sino únicamente de María.

Así pues, la falta de amabilidad, de dulzura, de atractivo, que realmente hay en hombres santos, procede de las reliquias del pecado en ellos, o también de la falta de una santidad con la fuerza suficiente para superar los defectos naturales, tanto del alma como del cuerpo; pero, en cuanto a María, era tal su santidad, que, si la viéramos o si la oyéramos, no nos sería posible decir nada a cualquiera que nos preguntara algo acerca de Ella, sino que simplemente es angelical y celestial.

Desde luego, su rostro era bellísimo; pero en realidad no podríamos recordar si era bello o no lo era; no podríamos recordar ninguno de sus rasgos, porque era la belleza de su alma sin pecado la que le brotaba por los ojos, la que hablaba por su boca, la que se oía en su voz, la que la empapaba toda entera; tanto si estaba quieta como si se movía, ya se sonriera o mostrara una expresión triste, su alma sin pecado es la que atraía hacia sí a todo aquel que poseyera algo de la gracia de Dios, algún resto de gracia, algún amor a las cosas santas. Era música divina todo lo que decía y hacía: su fisonomía, su porte, sus actitudes, todo atraía a cualquier corazón sincero que se acercaba a Ella. Su inocencia, su sencillez, su modestia, su sinceridad, su olvido de sí misma, su espontáneo interés hacia todo el que se le acercaba, su pureza: todo esto era el conjunto de cualidades que la hacían amable; y si la viéramos ahora, ni nuestro primer pensamiento, ni nuestro segundo pensamiento, se detendrían en lo que puede hacer por nosotros ante su Hijo (aunque puede hacer tantísimo), sino que nuestro primer pensamiento sería: «¡Qué hermosa es!», y nuestro segundo pensamiento sería: «¡Qué criaturas más feas somos nosotros!».

7 de mayo (II)

MARÍA ES LA ROSA MÍSTICA

¿Cómo ha llegado a ser María la *Rosa Mística*, la selecta, delicada, perfecta flor de la creación espiritual de Dios? Lo fue en el momento de su nacimiento, alimentada y protegida en el jardín místico del Paraíso de Dios. La Escritura emplea la figura de un jardín cuando habla del cielo y de sus santos habitantes. Un jardín es un terreno cultivado, que se destina a árboles y plantas, buenos y variados, todos ellos producen cosas que son agradables al gusto, o fragantes para el olfato, o bellas para la vista, o útiles como alimento; en un sentido espiritual, un jardín es el lugar en el que los espíritus bienaventurados y las almas santas moran, almas que llevan flores y frutos que ellas han producido merced a la solicitud amorosa de Dios, flores y frutos de gracia, flores más bellas y más fragantes que cualesquiera otras flores de cualquier jardín, frutos más deliciosos y más exquisitos que cualesquiera otros que puedan madurar sobre la tierra.

Todo esto que Dios ha hecho habla de su Creador; las montañas hablan de su eternidad; el Sol, de su inmensidad, y los vientos de su omnipotencia. De manera análoga, las flores y los frutos hablan de su santidad, de su amor, y de su providencia; y si así son las flores y los frutos, igual ha de ser el lugar en el que se encuentran. Esto quiere decir que ese jardín en el que se encuentran también debe de tener excelencias que hablan de Dios, porque es su casa. Por ejemplo, no sería natural encontrar hermosas flores en una montaña pelada, o frutos jugosos en medio del desierto. Del mismo modo que las flores y los frutos, en sentido místico, significan los dones y las gracias del Espíritu Santo, también el jardín, en sentido místico, se entiende que es un lugar de descanso espiritual, de tranquilidad, de paz, de refrigerio y de delicias.

Nuestros primeros padres fueron colocados en «un jardín de delicias» sombreado por árboles que eran «agradables a la vista y sabrosos al paladar», con el Árbol de la Vida situado en el centro, y las aguas de un río lo regaban. Nuestro Señor, dirigiéndose al buen ladrón desde lo alto de la Cruz, llamó «Paraíso», es decir, jardín de delicias, al lugar santo, al cielo adonde lo llevará con Él. Por eso, en el *Apocalipsis*, san Juan habla del cielo, del palacio de Dios, como de un jardín o paraíso, en el cual se halla el Árbol de la Vida, que da frutos todos los meses.

Pues bien, así fue el jardín en el que la Rosa Mística, María Inmaculada, habitó y en el que fue criada para ser la Madre del Dios de Toda Santidad, desde su nacimiento hasta su desposorio con san José, cuando tuvo doce años. Tres años pasó en los brazos de su santa madre Ana y, después, vivió diez años en el Templo de Dios. En estos benditos jardines, si los podemos llamar así, vivió sola, visitada ininterrumpidamente por la gracia de Dios y creciendo día a día como una flor celestial, hasta que quedó dispuesta para la habitación del Santo de los Santos. Éste fue el resultado de la Inmaculada Concepción. Excepto Ella, hasta las más hermosas rosas del paraíso de Dios se han marchitado y han estado expuestas a los gusanos y a las langostas. Todas, menos María; Ella fue desde siempre perfecta en su dulzura y en su belleza, y cuando el ángel Gabriel la visitó, la encontró «llena de gracia»; la gracia que fue acumulando, la gracia que fue creciendo en Ella, porque desde el primer momento de su existencia hizo buen uso de las gracias que Dios le daba.

8 de mayo

MARÍA ES LA VIRGEN QUE HA DE SER VENERADA

Habitualmente utilizamos la palabra «venerable» aplicándola a lo que es «viejo». Esto se debe a que solamente lo que es viejo reúne las cualidades que mueven a reverencia o a veneración.

Lo que nos mueve a reverenciar a una persona es su historia admirable, su carácter noble, la madurez de sus virtudes, su bondad, su experiencia; y éstas son cosas que habitualmente no se dan en los jóvenes.

Pero, cuando consideramos a los santos, esto ya no es cierto. En ellos, una vida corta es como una vida larga. La Sagrada Escritura dice: «No son los muchos días ni los muchos años los que hacen que una vejez sea venerable, sino que la prudencia del hombre suple a las canas, y una vida inmaculada es como una

edad anciana. (...) Con lo poco que vivió (el justo) llenó la carrera de una larga vida» (*Sabiduría*, 4, 8-13).

Un escritor pagano, que no sabía nada acerca de los santos, afirma rotundamente que a los niños, a todos los niños, se les debe siempre una gran reverencia, porque conservan la inocencia. Este es un sentimiento ampliamente compartido en todos los países; tanto que, el hecho de mirar a alguien que no ha pecado nunca (es decir, que no tiene todavía edad suficiente para haber caído en un pecado mortal), el solo encanto de ver su sonrisa inocente, con frecuencia ha conmovido y ha provocado la conversión de hombres miserables, que estaban dispuestos a cometer algún crimen, y les ha llevado, si no a un arrepentimiento total, sí a un temor que les ha hecho desistir de su propósito.

Elevando nuestro pensamiento desde nuestra bajeza hasta el Altísimo, ¿qué podemos decir (en el supuesto de que podamos comprender bien esto) del Dios Eterno, que, precisamente *porque* es eterno, es eternamente *joven*, sin comienzos, y por eso sin cambios, y que en la plenitud de la perfección de sus incomprensibles atributos es ahora exactamente igual que era hace un millón de años? En la Escritura se le llama con razón el «Anciano de los días», y por eso es infinitamente venerable; en verdad que no necesita de la edad para ser venerable; realmente no necesita ninguno de los atributos humanos propios de la venerabilidad, que los escritores sagrados se ven obligados a prestarle de manera figurada, para hacernos sentir en su presencia el profundo abajamiento y el temor reverencial que nos debía embargar ante el solo hecho de pensar en Él.

Esto mismo ocurre con la excelsa Madre de Dios, en la medida en que una criatura puede ser semejante al Creador; su pureza inefable y su absoluta inmunidad de toda sombra de pecado; su Inmaculada Concepción, su virginidad perpetua, todas esas prerrogativas suyas (a pesar de la extrema juventud que tenía en el momento en que Gabriel se apareció a Ella) son tales que nos llevan a exclamar, con palabras de la Escritura: «Tú eres la gloria de Jerusalén y el gozo de Israel; tú eres el honor de nuestro pueblo; por eso la mano del Señor te ha favorecido y eres bendita para siempre».

9 de mayo

MARÍA ES SANTA MARÍA

Sólo Dios puede reclamar para sí el atributo de la santidad. Por eso le decimos *Tu solus Sanctus* –«Tú sólo eres Santo». Por santidad entendemos la ausencia de todo lo que mancha, empaña y degrada la naturaleza racional; todo lo que es contrario al pecado, a la falta.

Decimos que sólo Dios es *santo,* porque en realidad *todos* sus excelsos atributos son poseídos por Él con esa plenitud que nos permite en verdad afirmar que sólo Él los posee, Por eso, hablando de la bondad, nuestro Señor le dijo a aquel joven: «Sólo Dios es bueno». Así también sólo Dios es poder. Sólo Él es Sabiduría. Sólo Él es Providencia, Amor, Misericordia, Justicia, Verdad. Todo esto es cierto; pero la Santidad es de una manera muy singular su más especial prerrogativa, porque no sólo pone de manifiesto, más que todos sus otros atributos, su superioridad sobre todas sus criaturas, sino que acentúa de una manera más rotunda la distancia que existe entre Él y ellas. Por eso leemos en el *Libro de Job:* «¿Puede el hombre ser justificado si se compara con Dios, y puede parecer puro el hombre nacido de mujer? La misma luna carece de brillo y las estrellas no son puras ante sus ojos».

Esto es lo que tenemos que aceptar y comprender en primer lugar; pero tenemos que saber también que, por su misericordia, Él ha comunicado, en diferentes medidas, sus excelsos atributos a sus criaturas racionales y, antes que todos, por ser el más necesario, el de la santidad. Así, Adán, desde el momento de su creación, estuvo dotado, por encima y aparte de su naturaleza humana, de la gracia de Dios, para que estuviera unido a Dios y para hacerlo santo. Por eso la gracia se llama gracia santa y, por ser santa, constituye el principio que une al hombre con Dios. En el Paraíso, Adán podía poseer la inteligencia, y el talento, y otras muchas virtudes; pero estos dones no lo unían a su Creador. La santidad era la que lo unía a Él, por eso san Pablo dice: «Sin la santidad ningún hombre verá a Dios».

Y también por eso, cuando el hombre pecó y perdió la gracia santa, siguió en posesión de diversos dones; pudo seguir siendo, en cierta medida, veraz, misericordioso, amante y justo; pero estas virtudes no lo unían con Dios. Necesitaba la santidad; y por eso el primer acto de la bondad de Dios para con nosotros, según el Evangelio, es sacarnos de nuestro estado de *no santidad* por medio del sacramento del Bautismo y, así, por medio de la gracia, hace posible que volvamos a establecer la comunicación, cortada durante tan largo tiempo, entre el alma y el cielo.

Ahora comprendemos la fuerza que tiene el título de «Santa María» que le damos a nuestra Señora. Cuando Dios se dispuso a preparar una madre humana para Su Hijo, comenzó por concederle una concepción inmaculada. No comenzó concediéndole el don del amor, o de la veracidad, o de la mansedumbre, o de la devoción, pues todos estos dones los poseía Ella ya cuando nació. Lo que Dios hizo fue comenzar a preparar su gran obra antes de que Ella naciera; antes de que Ella pudiera pensar, hablar, actuar, la hizo *santa* y, como consecuencia, aunque Ella estaba en la tierra, era ciudadana del cielo. *Tota pulchra es, María.* Jamás hubo en Ella nada de la deformidad del pecado. Por eso es diferente de todos los demás santos. Ha habido grandes misioneros, confesores, obispos, doctores, pastores; han llevado a cabo grandes obras y han arrastrado con ellos al cielo innumerables convertidos y penitentes; han soportado muchos sufrimientos y pueden mostrarnos sus sobreabundantes méritos. Se puede decir a este respecto que, del mismo modo que su Hijo divino, por ser Dios, tiene una santidad que lo distancia de las criaturas, María se distancia de los santos y de los ángeles porque es «La-llena-de-gracia».

II. LA ANUNCIACIÓN

10 de mayo

MARÍA ES LA REINA DE LOS ÁNGELES

Este título de María se ha de poner en relación con su Maternidad, es decir, con la venida del Espíritu Santo sobre ella, después de la anunciación del ángel Gabriel, y con el nacimiento de nuestro Señor en Belén. Como Madre de nuestro Señor, María ha estado más cerca de Él que ningún ángel; más cerca incluso que los serafines, que lo rodean y están continuamente exclamando: «Santo, Santo, Santo».

Los dos Arcángeles que en el Nuevo Testamento tienen una misión especial son san Miguel y san Gabriel, y ambos están asociados con María en la historia de la Encarnación: san Gabriel, cuando el Espíritu Santo vino sobre Ella, y san Miguel, cuando nació el Niño divino.

San Gabriel la saludó como «llena de gracia» y como «bendita entre las mujeres», y le anunció que el Espíritu Santo descendería sobre Ella y que daría a luz a un hijo que sería el Hijo del Altísimo.

En cuanto a la intervención de san Miguel al nacimiento de este Hijo de Dios, se nos da cuenta de ella en el *Apocalipsis,* escrito por el Apóstol san Juan. Sabemos que nuestro Señor vino para establecer el Reino de los Cielos entre los hombres; apenas nació el Señor, fue asaltado por los poderes de este mundo, que deseaban destruirlo. Herodes intentó quitarle la vida, pero no lo consiguió, porque san José se llevó a la Madre y al Niño a Egipto. En el *Apocalipsis,* san Juan nos dice que Miguel y sus ángeles fueron los verdaderos guardianes de la Madre y del Niño, tanto en ésa como en otras ocasiones.

Primero, san Juan tuvo la visión de «una señal del cielo («el cielo» significa la Iglesia o Reino de Dios), una mujer vestida de sol, con la luna a sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas»; cuando Ella iba a dar a luz a su Hijo, apareció «un gran dragón rojo», es decir, el espíritu maligno, dispuesto «a devorar al hijo» en cuanto naciera. Este Hijo fue preservado por su propio poder divino, pero el espíritu maligno persiguió a la mujer; entonces, san Miguel y sus ángeles acudieron en su ayuda y lo vencieron.

«Hubo allí una gran batalla», dice el escritor sagrado: «Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón, y el dragón luchó junto con sus ángeles; y el dragón fue arrojado fuera, la serpiente antigua llamada demonio». Y ahora, como entonces, la Santísima Madre de Dios tiene ejércitos de ángeles a su servicio; y Ella es su Reina.

11 de Mayo

MARÍA ES EL ESPEJO DE JUSTICIA

En primer lugar tenemos que considerar aquí qué significa *justicia*, pues esta palabra es utilizada por la Iglesia en un sentido que no es el habitual en el lenguaje corriente. No debemos entender por «justicia» la virtud de la lealtad, la equidad, la rectitud de la conducta; sino que esta palabra abarca un conjunto de virtudes, un estado perfecto, virtuoso, del alma: la rectitud o la perfección moral; de tal modo que su sentido está muy cercano a lo que significa la palabra *santidad.* Por eso, cuando llamamos a nuestra Señora *Espejo de Justicia*, quiere decir que la llamamos Espejo de la Santidad, de la perfección, de la bondad sobrenatural.

¿Qué queremos decir cuando la llamamos *espejo*? Un espejo es una superficie que refleja, como el agua tranquila, como el acero pulido. ¿Qué es lo que María refleja? Refleja a nuestro Señor, que es la *Santidad* infinita. Así pues, en la medida en que le es posible a una criatura, refleja la Santidad Divina, y por eso es el *Espejo* de la Santidad o, como dicen las letanías, de la *Justicia.*

Podríamos preguntar ¿cómo podía reflejar esa Santidad? La reflejó viviendo con Él. Estamos viendo todos los días cómo las personas que se quieren se parecen unos a otros. Cuando personas que no se aman viven juntas, por ejemplo, los miembros de una familia que no están bien avenidos, entonces la convivencia va haciendo que cada vez se vayan pareciendo menos unos a otros; pero cuando se aman mutuamente, marido y mujer, padres e hijos, hermanos y hermanas, amigos y amigas, el transcurso del tiempo hace que se vayan pareciendo asombrosamente cada vez más. Todos hemos apreciado esto más de una vez; lo podemos comprobar con nuestros ojos y con nuestros oídos; se van pareciendo cada vez más en los rasgos, en la forma de hablar, hasta en la manera de escribir; lo mismo se puede decir de su manera de pensar, de sus opiniones, de sus gustos, de sus ilusiones. Y, sin duda, igual sucede con el estado de sus almas, que no podemos ver, tanto para bien como para mal.

Así pues, dado que María amaba a su divino Hijo con un amor inefable; dado también que lo tuvo a su lado sin interrupción durante treinta años. ¿No es cierto que, si ya estuvo llena de gracia desde *antes* de concebir a su Hijo, tuvo que poseer una incomprensiblemente mayor santidad después de vivir con Dios durante treinta años? Santidad de orden angélico, que reflejaba los atributos de Dios con una plenitud y una perfección tal que ningún otro santo en la tierra, ningún eremita, ninguna virgen, puede reflejar. Por lo tanto, Ella es verdaderamente *Speculum Iustitiae,* el Espejo de la divina *Perfección.*

12 de Mayo

MARÍA ES EL ASIENTO DE LA SABIDURÍA

María lleva este título en las letanías, porque el Hijo de Dios, que también es llamado Palabra y Sabiduría de Dios, habitó un tiempo en Ella; después, ya nacido, lo llevó en sus brazos; y, cuando era aún pequeño, lo sentó en sus rodillas. Siendo, pues, por así decir, el trono humano de Él, que reina en el cielo, a María se la llama Asiento de la Sabiduría.

Pero Ella poseyó a su Hijo durante mucho más tiempo que los solos años de la infancia. Le estuvo Él sometido, nos dice san Lucas, y vivió con Ella en su casa hasta que le llegó el momento de ponerse a predicar, es decir, por lo menos durante treinta años. Y esto nos lleva a hacer una consideración relacionada con lo que nos sugería el título de «Espejo de Justicia». Esa intimidad tan prolongada que Ella compartió con su Hijo creo en Ella una santidad inconcebiblemente grande; el conocimiento que adquirió durante todos esos años, por medio de las conversaciones con Él, sobre el presente, el pasado y el futuro, fue tan amplio y tan profundo y tan variado y tan completo, que, aunque era una mujer sencilla y sin recursos humanos, estuvo muy por encima de los más grandes filósofos en sus conocimientos sobre la creación, sobre el universo y sobre la historia; por su conocimiento teológico estuvo por encima de los más grandes teólogos; y por su discernimiento profético estuvo por encima de los profetas más inspirados.

El gran tema de conversación entre María y su Hijo no era otro sino la naturaleza los atributos, la providencia y las obras de Dios Todopoderoso. Nuestro Señor estaba siempre glorificando al Padre que le había enviado. ¿Acaso no revelaba a su Madre, durante esas conversaciones, los solemnes decretos eternos y los designios y la voluntad de Dios? Con toda seguridad que, de cuando en cuando, la ilustró sobre todos esos puntos de doctrina que han sido cuidadosamente examinados y después establecidos por la Iglesia, desde el tiempo de los Apóstoles hasta hoy, y sobre todo lo que ocurrirá hasta el fin; de todo esto y de muchas más cosas trataban las conversaciones de María con su Hijo. Todo lo que en la Revelación está oscuro, todo lo que está fragmentario, le fue mostrado, en la medida en que el entendimiento humano podía captarlo, con la claridad y la simplicidad propias de quien es la Luz del Mundo.

Dios habló a los profetas de los acontecimientos futuros; tenemos en la Escritura las comunicaciones que les hizo. Pero con ellos habló empleando figuras y con parábolas. Incluso hubo uno de ellos, Moisés, con el que se dignó hablar cara a cara. «Si hay entre vosotros un profeta del Señor –dice Dios–, me apareceré a él en una visión y hablaré con él en sueños. Pero no será así con mi siervo Moisés (...). Hablaré con él de boca a boca; y él verá al Señor a las claras y no en enigma ni en figuras». Éste fue el privilegio que tuvo el inspirado Legislador de los judíos. ¡Pero qué por debajo estuvo de María! Moisés disfrutó de ese privilegio de vez en cuando, pero María estuvo viendo y oyendo al Señor durante treinta años seguidos, le miraba a la cara, podía preguntarle cualquier cosa que deseaba conocer y sabía que las respuestas que recibía procedían del Dios Eterno, el cual no puede engañarnos ni engañarse.

13 de mayo

MARÍA ES LA PUERTA DEL CIELO

María es llamada *Puerta* del Cielo porque a través de ella pasó nuestro Señor para venir del cielo a la tierra. El profeta Ezequiel, profetizando sobre María, dice: «Esta puerta será cerrada y no se abrirá y no pasará nadie por ella, porque el Señor Dios de Israel ha entrado a través de ella; y estará cerrada para el Príncipe, el Príncipe mismo se quedará en el umbral de ella».

Pues bien, esto se cumplió, no sólo porque nuestro Señor tomó carne de María, y fue su Hijo, sino además porque Ella ocupó un lugar en la economía de la Redención; se cumplió en el espíritu y en la voluntad de María tanto como en su cuerpo. Eva participó en la caída del hombre, aunque Adán fue quien nos representó y su pecado fue el que nos hizo pecadores. Fue Eva quien tomó la iniciativa y tentó a Adán. La Escritura dice: «La mujer vio que el fruto del árbol era bueno para comer, y agradable a la vista, y que parecía delicioso; y tomó fruto y lo comió, y también le dio de él a su marido y él lo comió». Convenía, pues, a la misericordia de Dios que, igual que por la mujer empezó la *destrucción* del mundo, también fuera la mujer quien comenzara su *reconstrucción;* y que, igual que Eva abrió el camino a la obra fatal de Adán, también María abriese el camino a la obra maestra del segundo Adán, nuestro Señor Jesucristo, que vino a salvar al mundo muriendo por él en la Cruz. Por eso María es llamada por los Santos Padres segunda y mejor Eva, porque dio el primer paso en la salvación de la humanidad a la que Eva había llevado a la ruina.

¿Cómo y cuándo tomó parte María, y parte inicial, en la restauración del mundo? Fue cuando el ángel Gabriel se le apareció para darle a conocer la excelsa dignidad que iba a tener. San Pablo nos manda «que presentemos nuestros cuerpos a Dios como una ofrenda racional». Debemos no sólo rezar con los labios, y ayunar, y hacer penitencia exterior, y ser castos en nuestros cuerpos; también debemos ser obedientes y puros de espíritu. Con respecto a la Santísima Virgen, fue deseo de Dios que Ella aceptase *voluntariamente* y con *pleno conocimiento* el ser Madre de nuestro Señor, no que fuese un mero instrumento pasivo cuya maternidad no habría tenido mérito ni recompensa. Cuanto más altos son nuestros dones, más alta es nuestra responsabilidad. No fue una carga ligera el hecho de estar tan íntimamente cerca del Redentor de los hombres, y la Virgen lo experimentó cuando sufrió junto con Él. Por eso, ponderando bien las palabras del ángel antes de dar una respuesta, primero preguntó si una misión tan excelsa supondría la pérdida de la virginidad que Ella había consagrado a Dios. Cuando el ángel le respondió que de ninguna manera, entonces, con el pleno consentimiento de un corazón lleno, lleno del amor que Dios le tenía, tanto a Ella como a su humildad, dijo: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». Con este consentimiento se convirtió en la *Puerta del Cielo.*

14 de Mayo

MARÍA ES LA MADRE DEL CREADOR

Es éste un título que, más particularmente que cualquier otro, nos parecería imposible de ser atribuido a una criatura. A primera vista, podríamos estar tentados de decir que siembra la confusión en las ideas más elementales que tenemos acerca del Creador y de las criaturas, de lo Eterno y de lo temporal, de lo Subsistente en sí mismo y de lo contingente; sin embargo, si lo consideramos con más detenimiento, nos damos cuenta de que no podemos negar este título a María sin negar la Encarnación divina, es decir, la grande y fundamental verdad de la Revelación: que Dios se hizo nombre.

y así lo vio la Iglesia desde sus primeros tiempos. Los cristianos acostumbraron, ya desde los principios, a llamar a la Santísima Virgen «la Madre de Dios», porque comprendieron que no era posible negarle este título sin negar también las palabras de san Juan: «El Verbo (es decir, Dios Hijo) se hizo carne».

No pasó mucho tiempo sin que se viera necesario proclamar esta verdad por medio de un Concilio Ecuménico de la Iglesia. El motivo de ello fue que, dada la repugnancia que los hombres sienten por el misterio, empezó a difundirse el error de que nuestro Señor no era realmente Dios, sino mero hombre, que únicamente se diferenciaba de nosotros en que Dios habita en Él como habita en todos los hombres justos, aunque en una medida mayor; igual que el Espíritu Santo habita en los ángeles y en los profetas, como en una especie de templo; o al modo en que nuestro Señor habita en los Sagrarios de las iglesias. Los obispos y el pueblo fiel vieron que no había otra manera de detener esta equivocada, esta mala doctrina que se enseñaba, si no era declarando exactamente, y haciendo de ello un punto de la fe, que María es Madre no solo del hombre sino de Dios. Desde entonces este título de María, *Madre de Dios,* es lo que se llama dogma o artículo de fe en la Iglesia.

Esto nos lleva a una visión más amplia de este tema. ¿Es este título que se da a María más maravilloso que la doctrina que enseña que Dios, sin dejar de ser Dios, se hizo hombre? ¿Qué es más misterioso: que María es Madre de *Dios* o que Dios se hizo *hombre*? Esto último, como ya hemos dicho, es la verdad más elemental de la Revelación; es la verdad que los Profetas, los Evangelistas y los Apóstoles han reverenciado a lo largo de toda la Escritura. ¿Qué puede haber de más consolador y más gozoso que las maravillosas promesas que derivan de esta verdad: que María es Madre de Dios? La gran maravilla, concretamente, es que nosotros somos hermanos de nuestro Dios; que si vivimos santamente y morimos en gracia de Dios, todos nosotros seremos tomados por nuestro Dios encarnado y elevados al lugar en que los ángeles moran; que nuestros cuerpos resucitarán del polvo y serán llevados al cielo; que estamos verdaderamente unidos a Dios; que somos partícipes de la naturaleza divina; que cada uno de nosotros, en cuerpo y alma, seremos sumergidos en el abismo de la gloria que rodea al Todopoderoso; que le veremos y participaremos de su felicidad, según nos dice este texto: «Todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre».

15 de Mayo

MARÍA ES LA MADRE DE CRISTO

Cada uno de los títulos de María tiene su especial significado, causa un especial efecto, y puede ser tema de especial meditación. La invocamos como *Madre de Cristo.* ¿Cuál es el motivo por el que nos dirigimos a Ella con este nombre? Para recordar que Ella fue, ya desde el principio, aquella de la cual se profetizó, y fue asociada a las esperanzas y a los ruegos de todos los santos, de todos los verdaderos adoradores de Dios, de todos los que «esperaban la redención de Israel» durante los tiempos anteriores a la llegada de la Redención.

Nuestro Señor fue llamado Cristo, o Mesías, por los profetas judíos y por el pueblo judío, Esas dos palabras, Cristo y Mesías, significan lo mismo: quieren decir «Ungido». En los tiempos antiguos había tres grandes ministerios por medio de los cuales Dios hablaba a su pueblo elegido, los Israelitas, o, como más tarde se llamaron, los judíos: el de Sacerdote, el de Rey y el de Profeta. Quienes habían sido elegidos para uno de estos oficios eran solemnemente ungidos con el óleo que significaba la gracia de Dios, concedida a ellos para que cumplieran dignamente sus excelsos deberes. Nuestro Señor era las tres cosas: Sacerdote, Profeta y Rey. Era Sacerdote porque se ofreció a sí mismo en sacrificio por nuestros pecados; era Profeta porque nos reveló la santa Ley de Dios; era Rey porque reina sobre nosotros. Por todo esto, es el único verdadero Cristo.

En la expectación de este gran Mesías, el pueblo elegido –los Judíos, los Israelitas, los Hebreos, que son los tres nombres con los que se designa a un mismo pueblo– vivió durante tiempo y más tiempo. El Mesías debía venir a restablecer todas las cosas. Y junto con esta pregunta que ocupaba sus espíritus: ¿*Cuándo* vendría?, estaba ésta otra: ¿*Quién* habrá de ser su madre? Ya desde el principio se les había dicho que el Mesías no vendría del cielo, sino que nacería de una mujer. En el momento de la caída de Adán, Dios dijo que la *semilla* de la *mujer* aplastaría la cabeza de la serpiente. ¿Quién había, pues, de ser esa mujer tan concretamente señalada a la raza caída de Adán? Al cabo de muchos siglos, fue revelado a los Judíos que el gran Mesías, el Cristo, la semilla de la Mujer, nacería de su raza y de una tribu concreta de las doce en que esa raza estaba distribuida. Desde ese momento, todas las mujeres de esa tribu deseaban tener el gran privilegio de ser la Madre del Mesías, del Cristo; era razonable pensar que, siendo el Mesías tan excelso, su Madre tendría que ser también excelsa, buena y santa. Ésta era una de las razones por las que tenían un concepto tan elevado del matrimonio, pues como no conocían el misterio de la concepción milagrosa de Cristo, estaban convencidos de que el matrimonio era condición necesaria para Su venida.

Por eso, si María hubiera sido como las otras mujeres, habría aspirado al matrimonio, que le ofrecía la perspectiva de traer al mundo el gran Rey. Pero María era demasiado humilde y demasiado pura para tener tales aspiraciones. Tuvo la inspiración de escoger la mejor manera de servir a Dios, que no había sido revelada a los Judíos: el estado de virginidad. Prefirió ser Su esposa a ser Su madre. En consecuencia, cuando el ángel Gabriel le anunció su alto destino, se turbó, hasta que tuvo la seguridad de que no tendría que renunciar a su propósito de llevar una vida virgen entregada a su Dios.

Así fue como llegó a ser Madre de Cristo; no de la manera que pensaban las mujeres piadosas que durante tanto tiempo lo habían esperado, sino que, renunciando a la gracia de esa maternidad, la obtuvo por medio de una gracia más alta. Aquí está el significado de las palabras de santa Isabel, cuando la Santísima Virgen fue a visitarla, y que nosotros repetimos en el Avemaría: «Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre». Por eso también, en la práctica de la devoción llamada «Corona de las doce estrellas», alabamos a Dios Espíritu Santo, por cuya virtud María fue *a la vez* Virgen y Madre.

16 de Mayo

MARÍA ES LA MADRE DEL SALVADOR

También aquí, igual que en nuestras reflexiones anteriores, debemos entender lo que queremos decir llamando Salvador a nuestro Señor, para entender por qué empleamos esta palabra en uno de los títulos que damos a María en sus Letanías.

El nombre concreto por el cual se conocía a nuestro Señor antes de su venida era, como ya hemos visto, el de Mesías o Cristo. Así era conocido por los Judíos. Pero cuando se mostró sobre la tierra, fue conocido con tres nuevos nombres: el Hijo de Dios, el Hijo del Hombre, el Salvador; el primero expresa su naturaleza divina, el segundo su naturaleza humana y el tercero su misión personal. Por eso el ángel que se apareció a María lo llamó Hijo de Dios; el ángel que se apareció a José lo llamó Jesús, que quiere decir Salvador; y los ángeles que se aparecieron a los pastores también lo llamaron Salvador. Él, sin embargo,

solía llamarse a Sí mismo Hijo del Hombre.

No son sólo los ángeles quienes le llaman Salvador, sino también esos dos más grandes Apóstoles, san Pedro y san Pablo, en sus primeras predicaciones. San Pedro dice que Él es «Príncipe y Salvador», y san Pablo dice «Salvador Jesús». Tanto los ángeles como los Apóstoles nos dicen por qué era llamado así: porque nos ha rescatado del poder del espíritu maligno y de la ruina y miseria de nuestros pecados. Por eso el ángel le dijo a José: «Le pondrás por nombre Jesús, pues salvará a Su pueblo de sus pecados»; y san Pedro: «Dios le exaltó; para que fuese Príncipe y Salvador, para que diese a Israel el arrepentimiento y la remisión de los pecados». Y es Él mismo quien dice: «El Hijo del Hombre ha venido para buscar y salvar al que se había perdido».

Ahora vamos a considerar cómo todo esto puede movernos en nuestros sentimientos hacia María. Rescatar a los esclavos del poder del Enemigo significa entablar una lucha. Nuestro Señor, puesto que es el Salvador, es un guerrero. No puede liberar a los cautivos sin pelear, sin sufrimiento personal. Ahora bien, ¿quién odia de una manera especial la guerra? Un poeta pagano es quien nos responde: «Las guerras son detestadas por las madres». Las madres sufren de una manera especialísima durante las guerras. Pueden gloriarse del honor que sus hijos conquistan en la guerra, pero esta gloria no disminuye ni lo más mínimo el gran sufrimiento, la ansiedad, el sinvivir, la desolación, la angustia, que la madre de un soldado siente. Esto mismo pasó con María. Durante treinta años fue dichosa con la presencia de su Hijo, al que tuvo bajo su tutela. Pero llegó el momento en que lo llamó esa guerra para la que había venido a la tierra. Había venido, ciertamente, no para ser sólo el Hijo de María, sino para ser el Salvador de los hombres, y para eso tuvo que separarse de Ella. *Entonces* Ella conoció lo que era ser la madre de un soldado. Jesús ya no estaba con Ella; ya no lo veía; en vano trataba de estar a su lado. Durante años había podido tenerlo en sus brazos, después estaba por lo menos en su compañía, pero ahora, como Él mismo dijo: «El Hijo del Hombre no tenía dónde reclinar la cabeza». Por último, al cabo de algunos años, se enteró de su apresamiento, de su proceso burlesco, de su Pasión. Al final, pudo acercársele, pero ¿cuándo y dónde?: en el camino del Calvario, y cuando fue levantado en la Cruz. Por último, lo tuvo otra vez en sus brazos; sí: cuando ya estaba muerto. Es verdad que Él resucitó de la muerte; pero aun así, Ella no pudo juntarse con Él, porque Él ascendió a lo alto y Ella no podía seguirle. Ella permaneció en la tierra bastantes años, confiada, es cierto, al más amado de los Apóstoles: a san Juan, ¿pero qué podía ser el más santo de los hombres comparado con su Hijo, que era el Hijo de Dios? ¡Oh, Santa María, Madre de nuestro Salvador!, en esta meditación hemos pasado repentinamente de los misterios gozosos a los misterios dolorosos, desde la Anunciación de Gabriel a los siete dolores. Éstos serán el objeto de las próximas meditaciones.

III. NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

17 de Mayo

MARÍA ES LA REINA DE LOS MÁRTIRES

¿Por qué se la llama así?, a Ella, que jamás recibió un golpe, ni una herida, ni una injuria en su persona sagrada. ¿Cómo puede ser exaltada por encima de quienes sufrieron en sus cuerpos las atroces violencias y los tormentos más agudos por amor a nuestro Señor? Es, desde luego, la Reina de todos los santos, de aquellos que siguen a Cristo vestidos de blanco, «porque son dignos de Él», pero ¿por qué es Reina de aquellos que «fueron muertos por la Palabra de Dios y por el testimonio que de la misma dieron»?

Para responder a esta pregunta, hay que recordar que los sufrimientos del alma pueden ser tan terribles como los del cuerpo. Los hombres malos que están en el infierno y los elegidos de Dios que están en el Purgatorio están sufriendo sólo en sus almas, pues sus cuerpos están todavía en el polvo; sin embargo, ¡qué duro es este sufrimiento! Quizá muchas personas que han vivido mucho saben por propia experiencia lo que es un dolor lacerante, que se clava como una espada, lo que es el peso aplastante de una pena, que parece que nos hunde, y, sin embargo, el cuerpo no sufre nada.

¡Qué horror tan espantoso debió ser para Santa María la Pasión y la Crucifixión de su Hijo! Su angustia fue, como lo predijo el santo Simeón cuando la Presentación del Niño en el Templo, una espada que atravesaba su alma. Si nuestro Señor mismo no pudo soportar la perspectiva de lo que tenía que pasar, hasta el punto de que le empapó un sudor de sangre por el efecto de su alma sobre su cuerpo, ¿no podemos deducir de esto hasta qué punto puede ser enorme el dolor mental? No podemos, pues, asombrarnos de que el espíritu y el corazón de María fueran destrozados cuando estaba al pie de la Cruz de su Hijo.

Por eso, es muy verdaderamente la *Reina de los Mártires.*

18 de Mayo

MARÍA ES VASO INSIGNE DE DEVOCIÓN

Para ser devoto hay que ser abnegado. Todos sabemos lo que se quiere decir cuando se habla de una mujer o de una hija abnegada: es la que tiene sus pensamientos centrados en la persona tan profundamente amada, tan tiernamente querida, que es la razón de su vida. No le quita los ojos de encima, siempre está pensando en cómo prestarle algún servicio y, cuando esos servicios son en sí pequeños, no hacen más que mostrar hasta qué punto son delicados e incesantes. De manera especial, cuando la persona objeto del amor es débil, o desgraciada, o está enferma, entonces quien la ama vive más intensamente su vida y no quiere saber nada que no sea ella.

De esta intensa devoción hacia nuestro Señor, que consiste en olvidarse uno de sí mismo por amor a Él, tenemos un ejemplo en san Pablo, que dice: «Ya no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí, y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí».

Pero por muy grande que fuera la devoción que san Pablo tenía a nuestro Señor, mucho mayor era la

de la Santísima Virgen; porque era su Madre, y porque Ella le tenía a Él, y a todos sus sufrimientos, continuamente delante de los ojos, y porque tuvo con Él aquel prolongado trato íntimo durante treinta años, y porque a causa de su propia santidad estaba tan inefablemente cerca de Él en espíritu. Después, cuando fue abofeteado, martirizado, azotado y clavado en la Cruz, sintió tan agudamente como si hubieran sido infligidos a Ella misma cada uno de los ultrajes y cada una de las torturas que le infligieron a Él. Ella habría podido prorrumpir en gritos a cada uno de los sufrimientos de su Hijo.

Esa fue su *con*-pasión, los sufrimientos que padeció junto con su Hijo; y esta compasión brota de que Ella es el «Vaso insigne de *devoción*».

19 de mayo

MARÍA ES VASO DE HONOR

San Pablo llama vasos de honor a las almas elegidas; de honor, porque han sido elegidas o escogidas; vasos, porque, por el amor de Dios, están llenas de la celestial y santa gracia. Mucho más es, entonces, María un vaso de honor en razón de que tuvo dentro de sí, no sólo la gracia de Dios, sino al verdadero Hijo de Dios, formado de Ella en su carne y en su sangre.

Pero este título de *honorabile,* aplicado a María, tiene una especial significación. Ella fue mártir, sin la *des*-honra brutal que acompañaba a los sufrimientos de los mártires. Los mártires fueron prendidos, arrastrados, encerrados en prisión junto a los más viles criminales, insultados con las palabras más blasfemas y las más odiosas expresiones que Satanás podía inspirar. A esta misma enorme prueba eran sometidas las santas mujeres, las jóvenes, las esposas de Cristo, que los paganos prendían, torturaban y llevaban a la muerte. Pero por encima de todos estos mártires, el mismo Señor nuestro, cuya santidad era mayor que la de cualquier otra criatura santa –todas ellas vasos de la gracia–, sabemos bien que fue abofeteado, desnudado, burlado, llevado a rastras de un lugar para otro, tendido en la Cruz, clavado en ella y levantado en alto, ante la mirada de una multitud embrutecida.

Pero Él, que por los pecadores tomó sobre sí los pecados de los pecadores, evitó a su Madre, que no tuvo pecado, esta suprema indignidad. Ella no sufrió en el cuerpo, sino en su alma. Ella agonizó de verdad con la agonía de Él; Ella fue crucificada con Él; la lanza que atravesó el costado de Él atravesó también el alma de Ella. Sin embargo, Ella no dio señales visibles de este martirio íntimo; estuvo de pie, en silencio, recogida, con fortaleza, junto a la Cruz de su Hijo, rodeada de ángeles y como oculta en su santidad virginal a la mirada de todos los que tomaban parte en la crucifixión.

20 de Mayo

MARÍA ES VASO ESPIRITUAL

Ser *espiritual* es vivir como inmerso en el mundo de los espíritus; así lo dice San Pablo: «nuestra conversación está en el cielo». Tener *sentido de lo espiritual* es ver a través de la fe todos los seres buenos y santos que nos están rodeando, aunque no los veamos con los ojos del cuerpo; verlos a través de la fe de una manera tan vívida como vemos las cosas de la tierra, los campos verdes, el cielo azul y el resplandor del sol. Por eso, cuando las almas santas se ven favorecidas con visiones celestiales, estas visiones no son más que la continuación extraordinaria y más elevada, por intuición divina, de los objetos que tienen continuamente en su espíritu por la operación ordinaria de la gracia.

Estas visiones consolaban y fortalecían a la Santísima Virgen en todos sus dolores. Los ángeles que tenía a su alrededor la comprendían y Ella los comprendía a ellos, de una manera tan directa como no se puede dar en sus relaciones con nosotros, que hemos heredado de Adán la mancha del pecado. De esto no cabe duda; no obstante, no debemos olvidar nunca que, del mismo modo que en sus dolores Ella fue confortada por los ángeles, nosotros tenemos también el privilegio de ser confortados por los mismos mensajeros celestiales del Altísimo, en las muy diversas pruebas de la vida y en la medida adecuada a nosotros; es más, somos confortados por el mismo Dios Todopoderoso, por la tercera Persona de la Santísima Trinidad, que se ha apropiado la tarea de ser nuestro Paráclito, nuestra Ayuda siempre actual.

Todos aquellos que se encuentran apenados pueden tener este consuelo, si se proponen llevar una vida espiritual. Si llaman a Dios, Él les responderá. Aunque no tengan amigos en la tierra, lo tienen a Él: lo mismo que Él se preocupó por su Madre mientras estaba en la Cruz, ahora que está en su gloria también se preocupa por los más pequeños y más débiles de los suyos.

21 de Mayo

MARÍA ES LA CONSOLADORA DE LOS AFLIGIDOS

San Pablo dice que su Señor le daba fuerzas en todas las tribulaciones, de manera que también él pudiera confortar, con los mismos ánimos que recibía de Dios, a quienes pasaban fatigas. En esto consiste el secreto del verdadero consuelo: saben ofrecer consuelo a los demás aquellos que han pasado por muchas pruebas y han sentido la necesidad de consuelo y lo han recibido. Eso es lo que pasa con nuestro Señor, que, como dice la Epístola a los Hebreos: «por razón de haber Él mismo padecido y sido tentado, puede también socorrer a los que son tentados».

Y también por eso mismo la Santísima Virgen es la Consoladora de los afligidos. Todos sabemos hasta qué punto es especial el consuelo que recibimos de una madre, y a nosotros nos ha sido permitido llamar Madre a María, desde el momento en el que nuestro Señor, desde lo alto de la Cruz, estableció la relación de madre a hijo entre Ella y san Juan. Y Ella puede consolarnos de una manera especial, porque sufrió más que todas las demás madres. A las mujeres, al menos a las mujeres delicadas, procuramos evitarles en lo posible las más duras experiencias de los avatares de esta vida; pero la Virgen, después de la Ascensión del Señor, fue enviada a tierras extrañas como los Apóstoles, igual que una oveja en medio de lobos. A pesar de todo el cuidado que san Juan puso con Ella, que fue tan grande como el que el mismo san José puso en sus años mozos, María fue, más que todos los santos de Dios, extranjera y peregrina en la tierra, en proporción con su gran amor hacia Aquel que *había estado* en la tierra y se había marchado. De la misma manera que, cuando nuestro Señor era niño, tuvo que huir a través del desierto al pagano Egipto, tuvo también, cuando el Señor ascendió a lo alto, que ir en un barco hasta la pagana ciudad de Efeso, y allí vivió hasta su muerte.

Si vosotros tenéis que padecer la compañía de personas groseras, o de gentes que os desprecian y se burlan de vosotros, o incluso de enemigos que os odian, si os sentís desamparados, invocad el auxilio de María recordándole los sufrimientos que Ella misma tuvo que soportar en medio de los griegos idólatras y de los egipcios paganos.

22 de Mayo

MARÍA ES LA VIRGEN PRUDENTÍSIMA

A primera vista no parece que la virtud de la prudencia tenga relación con los dolores y las pruebas de la vida de nuestra Señora; sin embargo, hay un aspecto que nos muestra la prudencia que Ella vivió en medio de estas pruebas. Debemos recordar que María es el gran modelo no sólo de la vida contemplativa, sino también de la vida activa; y la vida activa es precisamente una vida de penitencia y de prudencia, si es que queremos llevarla bien. María estuvo cargada de obras exteriores y de servicios sacrificados. Naturalmente, sus deberes fueron cambiando según las diferentes etapas de su vida: como joven muchacha, como esposa, como madre y como viuda; pero siempre y de todas maneras su vida estuvo llena de deberes día a día, hora a hora. Como extranjera en Egipto, tenía deberes que cumplir hacia aquellos pobres paganos entre los cuales estableció su vida. Como vecina de Nazaret, tenía deberes que cumplir con sus convecinos y con sus parientes. Tuvo deberes que cumplir –aunque casi nunca consideremos esto– durante aquellos años en los que nuestro Señor predicaba y proclamaba su Reino. Después que Él abandonó esta tierra, tuvo deberes para con los Apóstoles, y especialmente con los Evangelistas, para con los Mártires y los Confesores en las cárceles; para con los enfermos, los ignorantes, los pobres. Más tarde, tuvo que marchar con san Juan a un país pagano, en donde estuvo hasta su tránsito feliz. Pero, antes de ese tránsito, ¡cuánto no tuvo que sufrir en su vida en medio de un pueblo idólatra! No cabe duda de que los ángeles ocultaron a sus ojos los peores crímenes que aquel pueblo cometía. No obstante, también entre esas gentes tuvo muchos deberes que cumplir y, en consecuencia, estuvo también llena de méritos. Todas sus obras eran perfectas, todas eran las mejores que se podían hacer. Estar siempre alerta, andar siempre vigilante y llena de fervor, de manera que se pueda actuar no sólo sin cometer pecado sino caminando por el mejor de los caminos en las diversas circunstancias de cada día, supone llevar una vida de incansable delicadeza. Una vida así está presidida por la virtud de la prudencia. Así pues, precisamente por las penas y los dolores de su peregrinar por la tierra es por lo que podemos invocar a María como *Virgo prudentísima.*

23 de Mayo

MARÍA ES LA TORRE DE MARFIL

Una torre es un edificio que se levanta más alto y tiene más importancia que los demás objetos que la rodean. Por eso, si a un hombre lo llamamos «torre», queremos decir que los demás, en comparación con él, son pequeños.

Esta calidad de grandeza es plenamente adecuada a la Santísima Virgen. Aunque, durante la Pasión y la Crucifixión de nuestro Señor, Ella, por ser su Madre, pasó por una angustia más aguda y más íntima que ninguno de los Apóstoles, hay que considerar que se mostró mucho más noble que ellos aun desde el fondo de la aflicción que tenía. Cuando nuestro Señor estaba en la agonía de Getsemaní, los Apóstoles se durmieron agobiados de tristeza. No podían sobreponerse al profundo desaliento y al abatimiento que sentían; no podían dominar la confusión, la ofuscación que paralizaba sus sentidos. Y poco más tarde, cuando a san Pedro le preguntaron si era uno de los discípulos del Señor, lo negó.

Pero no fue el único cobarde. Los Apóstoles, uno a uno, abandonaron a nuestro Señor y huyeron, aunque san Juan volvió. Incluso llegaron a perder la fe en Él, pensando que habían fracasado todas las grandes esperanzas que había despertado en ellos. ¡Qué diferencia con la conducta valiente de María Magdalena! ¡Y qué enorme diferencia con la de la Virgen Madre! El Evangelio dice expresamente que Ella *estaba de pie* junto a la Cruz. No yacía en tierra, sino que se mantenía de pie para recibir los golpes, las heridas, que la prolongada Pasión de su Hijo le infligía en cada momento.

Por esta magnanimidad y por esta generosidad en el sufrimiento es llamada simbólicamente *Torre*, en comparación con los Apóstoles. Se puede objetar que las torres son unos edificios pesadotes, toscos, tristones, imponentes, carentes de gracia, preparados para la guerra y no para la paz; no tienen belleza, ni

finura, ni delicadeza, que son los rasgos propios de María. Esto es cierto; no obstante, Ella es llamada Torre de *Marfil,* para indicarnos, por el brillo, la pureza y la exquisitez de este material, hasta qué punto son inexpresables el encanto y la gentileza de la Madre de Dios.

IV. LA ASUNCIÓN

24 de Mayo

MARÍA ES LA SANTA MADRE DE DIOS

Tan pronto como aprendemos por la fe esa grandísima verdad de que María es la Madre de Dios, surgen otras maravillosas verdades que se desprenden de aquélla; y una de esas verdades es que estuvo exenta del destino ordinario de los mortales, que consiste no sólo en morir sino en convertirse en tierra de la tierra, ceniza de la ceniza y polvo del polvo. Debía morir y murió, como murió su divino Hijo, puesto que era hombre; pero diversas razones que los mismos escritores sagrados han expuesto, prueban que, aunque su cuerpo estuvo algún tiempo separado de su alma y descansando en el sepulcro, no permaneció en él, sino que muy pronto nuestro Señor lo volvió a unir a su alma y lo hizo revivir a una nueva vida eterna y a la gloria del cielo.

La razón más convincente que nos lleva a concluir esto es que *otros* siervos de Dios han sido resucitados de su tumba por el poder de Dios, y no podemos suponer que Dios haya concedido este privilegio a otras personas sin concederlo a Su propia Madre.

Nos dice san Mateo que, después de que nuestro Señor murió en la Cruz, «los sepulcros se abrieron y los cuerpos de muchos santos que habían dormido (es decir, que habían dormido el sueño de la muerte), resucitaron y, saliendo de sus sepulturas después de Su Resurrección, vinieron a la Ciudad Santa, y se aparecieron a muchos». San Mateo dice «los cuerpos de *muchos* santos» es decir, los santos Profetas, sacerdotes y Reyes de tiempos antiguos, resucitaron, anticipándose al último día.

¿Podríamos pensar que Abraham, o David, o Isaías, o Ezequías, tuvieron este privilegio y no lo tuvo la Madre de Dios? ¿No tenía Ella mejor título en el amor de su Hijo que los demás? ¿No era más cercana a Él que los más grandes santos que habían vivido antes que Ella? No es concebible que la ley del sepulcro admitiese excepciones para aquéllos y no para Ella. Por eso, decimos con seguridad que nuestro Señor, habiéndola preservado del pecado y de las consecuencias del pecado en virtud de su Pasión, no tardó en derramar la plenitud de los méritos de esa Pasión tanto en su cuerpo como en su alma.

25 de Mayo

MARÍA ES LA MADRE SIN PECADO

Otra consideración que ha movido a las almas piadosas a creer en la Asunción de nuestra Señora a los cielos después de su tránsito [4], sin esperar a la resurrección general del último día, nos viene dada por la doctrina de su Inmaculada Concepción.

Por su Inmaculada Concepción entendemos que María no sólo no cometió jamás pecado alguno, ni siquiera venial, de pensamiento, palabra u obra, sino también que la falta de Adán, el pecado original no fue nunca falta suya, como sí que lo es de los demás descendientes de Adán.

Por su Asunción debemos entender que no solamente su alma, sino también su cuerpo fue elevado al cielo después de su muerte, de tal manera que no ha tenido que pasar por ese largo espacio de tiempo de

sueño en el sepulcro, como tienen que pasar los demás hombres, incluso los grandes santos, que esperan el último día para que sus cuerpos resuciten.

Una razón para creer en la Asunción de nuestra Señora es que su Hijo divino la ama demasiado para dejar que su cuerpo quedara en la sepultura. Una segunda razón es que María no sólo es amada por nuestro Señor como una madre es amada por su hijo, sino que era trascendentemente santa, estaba llena, rebosante de gracia. Adán y Eva fueron creados justos y sin pecado, y la gracia de Dios se había derramado con gran abundancia sobre ellos; en consecuencia, sus cuerpos no habrían tenido que volver al polvo, si no hubieran pecado; después del pecado, les fue dicho: «sois polvo y al polvo volveréis». Si Eva, la hermosa hija de Dios, de no haber pecado no se habría convertido en polvo y ceniza, ¿cómo podríamos no decir que María, que jamás pecó, conservó el don que Eva había perdido pecando? ¿Qué había hecho María para perder el privilegio concedido a nuestros primeros padres en el principio? ¿Tendría su encanto que convertirse en corrupción, y su oro fino tendría que empañarse, sin ningún motivo? Imposible. Por eso creemos que, aunque muriera [5] durante un breve tiempo igual que nuestro Señor también murió, no obstante, igual que Él, y por el poder infinito de su Hijo, Ella fue arrebatada del sepulcro.

26 de Mayo

MARÍA ES LA ROSA MÍSTICA

María es la flor más hermosa que jamás se ha visto en el mundo espiritual. Por el poder de la gracia de Dios, en esta tierra nuestra estéril y desolada han podido brotar siempre flores de santidad y de gloria. María es la Reina de todas ellas. Es la Reina de las flores espirituales; por eso la llamamos *Rosa*, porque con razón la rosa es considerada como la más hermosa de todas las flores.

Pero, además, es la *mística*, la *escondida*, Rosa, pues mística significa escondida. ¿Por qué es para nosotros más «escondida» que los demás santos? ¿Qué significa este singular apelativo, que le aplicamos de una manera tan particular? La respuesta a esta pregunta nos lleva a la tercera razón que tenemos para creer en que su sagrado cuerpo y su alma se unieron y fueron elevados al cielo después de su muerte, y que no permaneció en el sepulcro esperando la resurrección general del día último.

La razón es ésta: si su cuerpo no fue llevado al cielo ¿dónde está? ¿Cómo es posible que esté oculto para nosotros? ¿Por qué no hemos oído hablar de que su sepulcro está en tal sitio o en tal otro? ¿Por qué no hay peregrinaciones que lo visiten? ¿Por qué no hay reliquias de Ella, como las hay de tantos otros santos? ¿No tenemos el instinto natural de venerar los lugares en donde nuestros muertos están enterrados? Honramos las sepulturas de las personas importantes. San Pedro nos habla del sepulcro de David como de lugar conocido en su tiempo, aunque había muerto cientos de años antes. Cuando el cuerpo de nuestro Señor fue descendido de la Cruz, lo depositaron en un sepulcro digno. De la misma manera debió ser honrado el cuerpo de san Juan Bautista, pues san Marcos habla de su sepulcro como de algo que era generalmente conocido. Los cristianos de los primeros tiempos venían a Jerusalén desde todos los países para ver los Santos Lugares. Y, cuando pasó el tiempo de las peregrinaciones, prestaron todavía más atención a los cuerpos de los santos: san Esteban, san Marcos, san Bernabé, san Pedro y san Pablo, y otros Apóstoles y mártires. Incluso fueron trasladados a las grandes ciudades, y partes de estos cuerpos se enviaron a diferentes lugares. Así pues, desde el comienzo de sus días ha sido una característica, uno de los grandes rasgos, de la Iglesia mostrarse piadosa y reverente con los cuerpos de los santos. Ahora bien, si hubiera uno del que se habría debido tener un cuidado exquisito, tendría que ser el de nuestra Señora. ¿Por qué, entonces, no hemos oído nada acerca del cuerpo de la Santísima Virgen, ni de ninguna reliquia suya? ¿Por qué es así la Rosa *escondida*? No es concebible que quienes fueron tan reverentes y tan cuidadosos con los cuerpos de los santos y de los mártires fueran tan negligentes con Ella, que es la Reina de los mártires y la Reina de los santos; Ella, que fue la verdadera Madre de nuestro Señor. Es imposible. Entonces, ¿por qué es la Rosa *escondida*? Está claro que es porque su cuerpo está en el cielo y no en la tierra.

27 de Mayo

MARÍA ES LA TORRE DE DAVID

Una torre es, en su sentido más sencillo, un edificio que sirve para defenderse de los enemigos. David, rey de Israel, construyó para ese fin una torre célebre y, como él es una de las figuras o «tipos» que representan a nuestro Señor, también su torre es una pre-figura de la Virgen Madre de nuestro Señor.

Es llamada *Torre* de David porque, de una manera muy notable, llevó a cabo la tarea de defender a su Hijo divino contra los asaltos de Sus enemigos. Es corriente que los que no son católicos piensen que el honor que rendimos a la Virgen va en detrimento del culto supremo que le rendimos a su Hijo; dicen que en la doctrina católica el culto a María eclipsa el culto que se le da a Jesús. Pero esto es precisamente lo contrario de la realidad.

Si la gloria de María es tan grande, ¿qué no será la gloria de quien es el Señor y el Dios de María? Él está infinitamente por encima de Su Madre; y toda la gracia de la que Ella está llena no es más que la que sobreabunda y rebosa de Su incomprehensible Santidad. La historia nos enseña la misma lección. Echad una mirada a los países protestantes, que hace tres siglos rechazaron toda devoción a la Virgen, por creer que apartándola así de su pensamiento aumentaría la devoción a su Hijo. ¿Tuvo realmente este resultado la actitud profana que ellos adoptaron hacia Ella? Todo lo contrario; esas naciones: Alemania, Suiza, Inglaterra, que se comportaron así, han cesado en gran medida de adorar a Jesús y han abandonado la fe en Su divinidad; mientras que, por el contrario, la Iglesia católica, dondequiera que está, adora a Cristo como verdadero Dios y verdadero Hombre, con la misma firmeza con la que siempre lo ha hecho; y sería verdaderamente raro que lo hiciera de otra manera. Por eso, María es la «Torre de David».

28 de Mayo

MARÍA ES LA VIRGEN PODEROSA

Este gran universo, que contemplamos día y noche, al cual llamamos mundo natural, está gobernado por leyes fijas que su Creador le ha dado, y por medio de esas leyes maravillosas está defendido de cualquier degeneración sustancial. Puede ocurrir que una parte de este mundo se rebele contra otra, puede también suceder que se produzcan en él cambios internos, pero, visto en su conjunto, está constituido así para durar indefinidamente. Por eso, el salmista dice: «Ha establecido el mundo, que jamás será quebrantado».

Así es el mundo de la naturaleza; pero existe otro mundo todavía más maravilloso. Existe una fuerza, un poder, que cambia y domina este mundo visible, que suspende y altera sus leyes; es el mundo de los ángeles y de los santos, de la Iglesia Santa y de sus hijos; y el arma de la que se vale para dominar esas leyes es el poder de la oración.

Por medio de la oración se puede hacer todo lo que de manera natural es imposible. Noé oró, y Dios dijo que nunca más habría otro diluvio que anegase la raza humana. Moisés oró, y entonces cayeron sobre la tierra de Egipto las diez plagas. Josué oró, y el sol se detuvo en su camino. Samuel oró, y retumbó el trueno y la lluvia cayó en los campos de trigo. Eliseo oró, y cayó fuego del cielo. Eliseo oró, y el muerto volvió a la vida. Ezequías oró, y el numeroso ejército de los asirios fue derrotado y pereció.

Por eso la Santísima Virgen es llamada *Poderosa*, y a veces también *Todo*-poderosa, porque posee, más que nadie, más que todos los ángeles, más que todos los santos, este grande, este poderoso don de la

oración. Nadie hay que tenga el acceso al Todopoderoso que tiene Su Madre; nadie tiene tanto mérito como Ella. Su Hijo no puede negarle nada de lo que Ella le pida; de ahí viene el poder que Ella tiene. Siendo ella la defensora de la Iglesia, ni lo de arriba ni lo de abajo, ni hombres ni espíritus, ni grandes monarcas, ni las malas intenciones, ni la violencia del populacho, pueden llegar a hacernos daño; la vida humana es corta, pero María reina en lo alto: es Reina para siempre.

29 de Mayo

MARÍA ES EL AUXILIO DE LOS CRISTIANOS

Desde su Asunción a los cielos, nuestra Reina gloriosa ha prestado numerosos servicios al pueblo elegido de Dios sobre la tierra y a la Iglesia Santa. Este título de *Auxilio de los cristianos* hace referencia a estos servicios, de los cuales el Oficio Divino relata cinco, que están más o menos relacionados con los misterios del Santo Rosario, y nos recuerdan la ocasión en que este título le fue otorgado.

La primera fue en los comienzos de la institución de la devoción del Santo Rosario por santo Domingo, cuando, con la ayuda de la Santísima Virgen, se consiguió detener y hacer desaparecer del sur de Francia la formidable herejía albigense.

La segunda fue la gran victoria conseguida por la armada cristiana contra el poderoso sultán turco, en respuesta a la intercesión del Papa san Pío V y a las oraciones de la Asociación del Rosario en todo el mundo cristiano; en perpetua memoria de esta maravillosa gracia, el Papa san Pío V introdujo en las Letanías el título de *Auxilium christianorum;* y el Papa Gregorio XIII, que le sucedió, dedicó el primer domingo de octubre, día de aquella victoria, a nuestra Señora del Rosario.

La tercera fue, según lo relata el Oficio Divino: «la gloriosa victoria conseguida en Viena, bajo la protección de la Santísima Virgen, sobre el más terrible de los sultanes turcos, que tenía acorralados a los cristianos; en perpetua memoria de este favor, el Papa Inocencio XI dedicó el domingo de la octava de Navidad a la fiesta del augusto Nombre de María».

El cuarto ejemplo de su auxilio fue la victoria en Hungría sobre el innumerable ejército de los mismos turcos, en la festividad de nuestra Señora de las Nieves; favor obtenido por las solemnes súplicas de las Cofradías del Rosario; con este motivo, los Papas Clemente XI y Benedicto XIII concedieron nuevos honores y privilegios a la devoción del Santo Rosario.

El quinto favor fue la restauración del poder temporal de los Papas, al comienzo del siglo XIX, después de que Napoleón I, Emperador de los franceses, los había arrojado de la Santa Sede; el Papa Pío VII estableció el día 24 de mayo, fecha de concesión de este favor, como fiesta de María *Auxilio de los cristianos,* en perpetua acción de gracias.

30 de Mayo

MARÍA ES LA VIRGEN FIEL

Éste es uno de los títulos de la Santísima Virgen que más especialmente le conviene después de su Asunción y de su gloriosa coronación a la derecha de su divino Hijo. Hasta qué punto le pertenece este título se ve con toda evidencia al considerar algunos otros ejemplos de fidelidad de los cuales habla la Sagrada Escritura.

La palabra *fidelidad* significa lealtad hacia un superior, o exactitud en el cumplimiento de un

compromiso. En este último sentido se aplica al mismo Dios Todopoderoso, quien, llevado por el gran amor que nos tiene, se ha dignado limitar su poder por medio de una promesa y de un pacto hecho con Sus criaturas. Nos ha dado Su palabra de que, si le tomamos por herencia nuestra y nos abandonamos en Sus manos, Él nos guiará a través de todas las pruebas y de todas las tentaciones, y nos llevará al cielo. Y para alentarnos y darnos confianza, en diversos pasajes de la Escritura nos recuerda que Él es el Dios *fiel,* el Creador *fiel.*

Por eso mismo, sus verdaderos santos y siervos llevan el título especial de «fieles», porque lo son de verdad con Él, como Él lo es con ellos; porque obedecen con sencillez Su Voluntad; porque tienen el celo de Su honor porque defienden los intereses santos que Él les ha confiado. Por eso Abraham es llamado fiel; de Moisés se dice que fue fiel en todo lo que se refiere al cuidado de Su casa; David es llamado, en este mismo sentido, «hombre según el corazón de Dios»; san Pablo da gracias porque «Dios lo ha considerado fiel»; y, en el último día, Dios dirá a todos los que han empleado bien sus talentos: «muy bien, siervo bueno y fiel».

María es, de manera pre-eminente, fiel a su Señor e Hijo. Nadie puede suponer, ni por un solo instante, que Ella no siente exquisitamente el celo por el honor de Jesús, ni, como piensan los que no son católicos, que exaltarla a Ella significa serle infiel a Él. Los que de verdad son siervos de María son también verdaderos siervos de Jesús. María recompensa a quienes son sus amigos y, por eso mismo, consideraría que no son amigos suyos quienes la prefieran a Él; Jesús tiene celo por el honor de Su Madre, pero también lo tiene por el suyo propio. Él es la fuente de la gracia, y todos los dones nos vienen de su bondad.

¡Oh María!, enséñanos siempre a adorar a tu Hijo como el Único Creador; enséñanos a tenerte devoción como la más excelsa criatura que eres.

31 de Mayo

MARÍA ES LA ESTRELLA DE LA MAÑANA

¿Cuál es, en este mundo sensible nuestro, el símbolo que más cercana nos pone la representación de las glorias de ese otro mundo superior que está más allá de nuestras percepciones corporales? ¿Cuáles son las más verdaderas prendas y los signos más verdaderos, aunque sean muy pobres, de esas cosas maravillosas y desconocidas que esperamos ver un día? Cualquiera de esas prendas y de esos signos que podamos imaginar, la Santísima Madre de Dios puede reclamarlas como propias. Y en efecto, así es; dos de esas cosas se le atribuyen como títulos propios: las estrellas en el cielo, las flores en la tierra. Ella es, al mismo tiempo, la *Rosa mística* y la *Estrella de la mañana.*

Y de estos dos títulos, tan apropiados para Ella, el de Estrella de la mañana es el mejor; por tres razones.

Primero, la rosa pertenece a la tierra y la estrella tiene su sitio en lo alto del cielo. María ya no es propiamente de este mundo. Ningún cambio, ningún fuego violento, ni agua ni tierra ni aire afectan a las estrellas allá en lo alto; se muestran siempre rutilantes y maravillosas, en todas las regiones del globo y para todas las tribus de los hombres.

Segundo, la vida de la rosa es corta; cuando llega a la plenitud de su gracia y de su perfume, ya está empezando a marchitarse. María, en cambio, igual que las estrellas, permanece por siempre, tan radiante hoy como lo fue el día de su Asunción; tan pura como perfecta cuando su Hijo venga a juzgarnos como lo es ahora.

Por último, es prerrogativa de María ser esa *Estrella de la mañana* heraldo del sol. Ella no tiene brillo propio, brillo que salga de Ella misma, sino que refleja al Redentor suyo y nuestro, y le da gloria. Cuando aparece en las tinieblas, sabemos que Él está cerca, al alcance de nuestra mano. Es el Alfa y el Omega, el Primero y el Último, el Comienzo y el Fin. Ya está para venir, y consigo trae la recompensa, para dar a cada uno según sus obras. «Vengo pronto. Amén. ¡Ven, Señor Jesús!».

EPÍLOGO

DE LA MANO DE LA VIRGEN [**]

Ahora, pues, si todo lo que hemos dicho conviene a María, ¿qué hemos de hacer nosotros? Si la Madre del Salvador es la primera criatura en santidad y belleza, si estuvo libre de pecado desde el comienzo de su ser, si su final fue como su principio, si murió para ser elevada al cielo, ¿no será propio de sus hijos imitarla en su devoción, mansedumbre, sencillez y modestia?

No le fueron concedidas sus glorias únicamente en razón de su Hijo, sino también por causa y en beneficio de todos nosotros, Imitemos la fe de quien recibió sin sombra de duda el mensaje divino; imitemos la paciencia de quien soportó sin decir una sola palabra el desconcierto de san José; imitemos la obediencia de quien subió a Belén en invierno y dio a luz a nuestro Señor en un establo; imitemos el espíritu de oración de quien ponderaba en su corazón lo que veía y oía acerca de su Hijo; imitemos la fortaleza de quien tuvo el corazón traspasado por una espada de dolor; imitemos, en fin, la entrega de quien dio a su Hijo durante Su ministerio público y aceptó con abnegación Su muerte en la Cruz.

Imitemos sobre todo su pureza. ¡Qué necesidad tan grande tenéis, hombres y mujeres jóvenes, de la intercesión y de la ayuda y del ejemplo de la Virgen María! ¿Qué otra cosa podrá sacaros adelante sino el pensamiento y la protección de Santa María? ¿Quién podrá sosegar vuestros sentidos y acallar vuestro corazón sino María? Ella os dará fortaleza en vuestros desánimos, suavizará vuestros trabajos, os levantará de vuestras caídas, y premiará vuestras victorias.

Ella os mostrará a su Hijo, que es vuestro Dios y vuestro todo. Cuando notéis que el Espíritu se subleva, o se deprime, o pierde el equilibrio: cuando le amenace la inquietud, porque siente el hastío de lo que posee o la ansiedad de lo que no tiene; cuando el maligno os acose y vuestro cuerpo se estremezca ante el tentador, ¿qué otra cosa podrá haceros reaccionar, volver a la paz y al equilibrio, sino el suave aliento de la Virgen Inmaculada?

La religión católica tiene a orgullo poseer el don de mantener puro el corazón joven, porque nos entrega a Cristo como alimento y a María como Madre solícita. ¡Sentid también ese orgullo en vosotros! Mostrad al mundo que no vais en pos de una doctrina equivocada, reivindicad la gloria de vuestra Madre María ante quienes no la respetan, con la sencillez de vuestro comportamiento y con la santidad de vuestras palabras y de vuestras obras. Acudid a Ella para conseguir un corazón limpio.

La Virgen es un maravilloso don de Dios, más resplandeciente que los atractivos de un mundo pervertido; nadie que busca con sinceridad este don se ve defraudado; María es el tipo y la imagen personal de la vida espiritual y de la renovación interior sin las cuales no se puede encontrar a Dios: *Mi espíritu es más dulce que la miel y mi heredad más sabrosa que el panal de miel. Los que me comen quedarán aún con hambre de mí, y los que me beben sentirán todavía sed. Los que me obedecen no se avergonzarán, y los que me tratan no pecarán.*

NOTAS

[*] Este capítulo introductorio está compuesto con textos del autor, tomados de diferentes escritos suyos, en los que expresa su pensamiento sobre la Santísima Virgen y su devoción hacia Ella (*N. del T.*).

[1] Hay que tener en cuenta que el calendario litúrgico santoral ha sido modificado por la reforma del Concilio Vaticano II (*N. del T.*).

[2] Newman destaca la fiesta de san Felipe Neri, pues él fundó el Oratorio en Inglaterra, y en estas meditaciones se dirige especialmente a los oratorianos (*N. del T.*).

[3] Esta afirmación del autor no es compartida por todos los teólogos; éstos discuten acerca de si es más importante la santidad que la maternidad o al revés. En el capítulo con que encabezamos este libro, el autor dice que estas dos cosas no se pueden separar la una de la otra. En realidad María fue llena de gracia *para ser* Madre de Dios, pero pudo ser Madre de Dios *porque estaba* llena de gracia y fue fiel a esta gracia. (Sobre este tema el lector puede consultar las siguientes obras, en las que se expone de una manera más detallada: R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La Madre del Salvador,* parte I, cap. 1; G. ROSCHINI, *Diccionario mariano,* voz «Maternidad divina»; J. IBÁÑEZ y F. MENDOZA, *La Madre del Redentor,* pp. 34-36; Enciclopedia GER, voz *María:* 1. Maternidad divina de María) (*N. del T.*).

[4] La Asunción de nuestra Señora a los Cielos fue definida como dogma de fe por el papa Pío XII, en la Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus,* de fecha 1-XI-1950 (*N. del T.*).

[5] No está definido por el Magisterio de la Iglesia si la Santísima Virgen murió, lo cual supone la separación de alma y cuerpo, o si fue asunta al cielo sin haber muerto, lo cual se llama «dormición». El lector puede consultar acerca de esta cuestión controvertida las siguientes obras: G. ROSCHINI, *Diccionario mariano,* voz «Muerte»; J. IBÁÑEZ y F. MENDOZA, *La Madre del Redentor,* pp. 111 y 112; Enciclopedia GER, voz *María,* II: 5. Asunción (*N. del T.*).

[**] Este «Epílogo» está tomado de *Discursos sobre la fe:* Discurso XVIII (*N. del T.*).